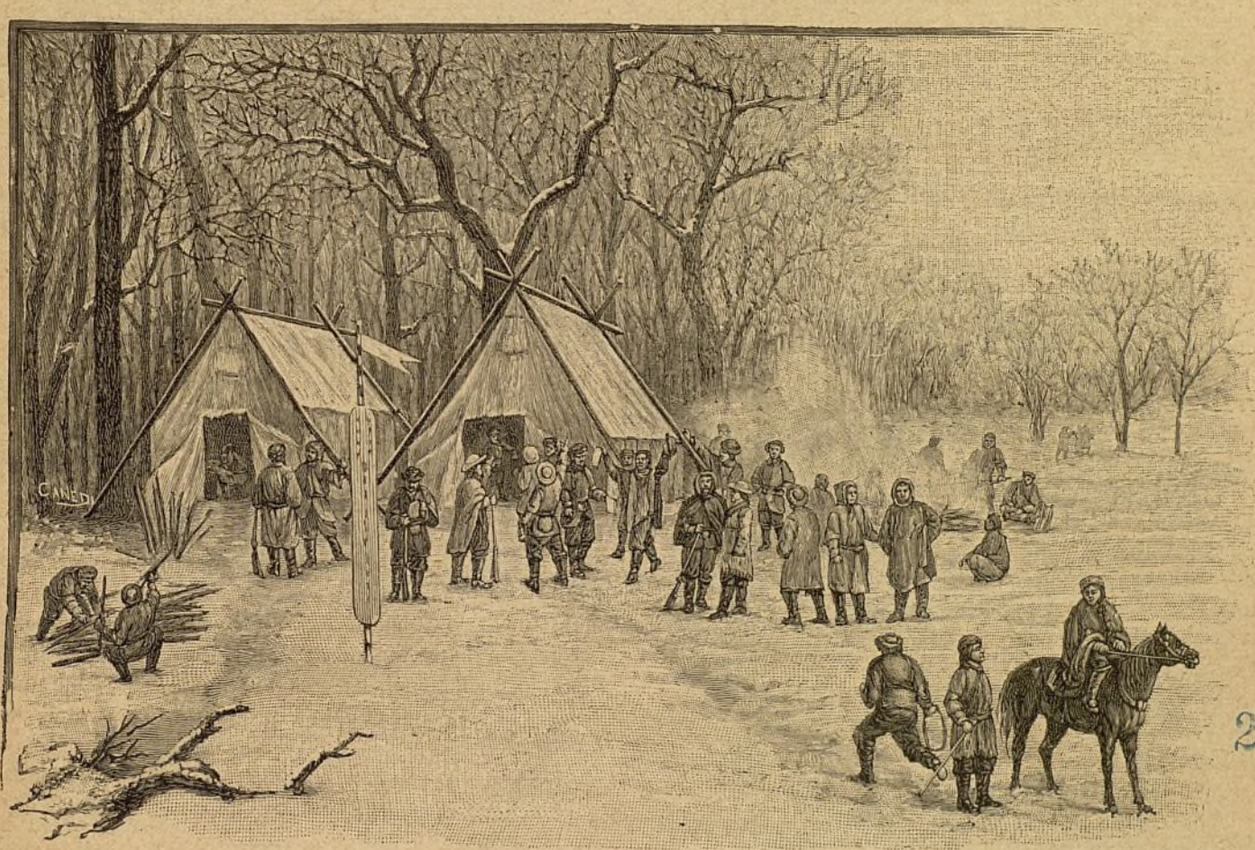
DONATIVO

LAS MISIONES CATÓLICAS

Precios de subscripción	Se publica el 15 de cada mes	Advertencias
ESPAÑA: Un semestre, 4 ptas.; un año, 8 ptas. EXTRANJERO: Un semestre, 5 francos; un año, 10 fr.	Año VII.—Jueves, 15 Junio 1899.—N.° 150	No se admite subscripción por menos de un semestre. El pago puede hacerse en libranza, letra ó sellos.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Librería y Tipografía Católica, calle del Pino, 5, Barcelona



242

JAPÓN.—Reparto de tierras á los colonos en la isla de Yeso

Copia de fotografía remitida por el R. P. Riland. (Pág. 136)

BIBLIOTECA PROVINCIAL

JULIO

Ayuntamiento de Madrid 1899

SUMARIO

Texto.—Noticias de las misiones africanas de Lión.—Correspondencia: *Yuncanfu (China); Alto Niger (África Occidental).*—Los pigmeos, por el Ilmo. Le Roy.—Un celoso misionero, un sabio eminente y un gran patriota: Biografía del P. Agustín M.ª de Castro, agustino (continuación).—Recuerdos del Catolicismo en el Tonkín.—Un verano en el Japón Boreal (continuación).—Variedades: El ósculo divino (leyenda maravillosa).—Subscripción en favor de la Obra de la Propagación de la Fe.

Grabados.—Japón: Reparto de tierras á los colonos en la isla de Yeso.—M. R. P. Fr. Moisés Santos, agustino.—M. reverendo P. Fr. Francisco M. Girón, agustino.—Japón: Tierra para colonizar en el Yeso.—Japón: Vista de Merorán.—Bosque de palmeras en Orihuela y cosecha de su sabroso fruto.—Japón: Vista del volcán de Noboribetsu en la isla de Yeso.—Ilustraciones de la novela *El Cruzado.*

CON LICENCIA ECLESIÁSTICA

MISIONES AFRICANAS DE LION

Hace pocos días recibimos la triste nueva que publicamos á continuación:

Gran Bassam, 19 de Mayo.

Padres Vigria, Teyssier, Hermana Damián muertos. Misión quemada.

Los misioneros del Gran Bassam han perecido víctimas de la fiebre amarilla que cébase con fiera saña en toda la Côte-d' Ivoire. La segunda parte del telegrama, que en un principio hizo sospechar hubieran muerto asesinados, es motivada porque la Comisión de higiene, deseando por todos los medios detener la progresiva marcha del contagioso mal, mandó destruir el edificio de la Misión católica.

CORRESPONDENCIA

YUNCANFU (China)

La persecución en el Chantong.—Preliminares.—Causas y progresos.—Peligro de los misioneros y cristianos.—El azote de Dios.

A fines del año 1897 estalló en la parte meridional una sangrienta persecución religiosa, de la cual fueron víctimas dos sacerdotes tadescos, persecución que continuó latente hasta hoy, que renace con nueva fuerza, amenazando causar, sin un milagro de la Providencia divina, otras inocentes víctimas, y obligando al Gobierno imperial á tomar prontas y enérgicas medidas, encaminadas á extinguir las sectas que infestan la China.

Prescindiendo del odio implacable que abrigan los chinos contra los europeos, la causa principal de dicho recrudecimiento ha sido la toma de *Tinco* por los tadescos. Son los chinos gente que nada entienden en política, y sólo juzgan las cosas por los hechos que les anteceden ó preceden: así, pues, viendo que á la muerte de los citados sacerdotes seguía la aparición de una escuadra tadesca con el manifiesto deseo de conquistar todo el Chantong, no dudaron en afirmar que nosotros los misioneros hemos llamado á los hombres de esta raza, para que vengan los muertos y las vejaciones de que somos víctimas; y añaden que nosotros somos los causantes de cuantos males afligen hoy al imperio chino.

Poco hacen las Autoridades, y eso sólo por el temor que á las legaciones europeas tienen, pues en general son peores que el mismo pueblo: prueba de ello es el haber procurado que los verdaderos culpables de los actuales males, huyeran á infestar otras provincias del odio implacable que sienten contra el europeo.

Los paganos deseando vengarse y comprendiendo muy bien que la unión hace la fuerza, se han asociado en tan crecidísimo número, que sólo en este departamento pasan de cien mil los individuos de una secta, cuyo único fin es destruir la Religión católica y los europeos.

Los medios de que se han valido para lograr su rápida propagación, son verdaderamente diabólicos.

Resuelve uno de los infelices enemigos de la Religión y del orden (que generalmente hablando son siempre lo más vil y corrompido de la sociedad), resuelve, repito, lograr que un pueblo en masa odie á la Religión, y acto seguido dirígese á él, reune á cuantos fundadamente cree pueden ayudarle en su empresa, llama á varios jóvenes de quince á veinte años, y para halagarles díceles que si le obedecen él en cambio les hará impasibles á los golpes de machete ó á los efectos de cualquier otra arma, inclusas las de fuego. Estos, que temen mucho las armas de fuego, sujétanse fácilmente á cuanto les obliga el maestro ó más bien el embaucador. Asegurado éste de la intención y aptitud del sujeto, enséñale cierto visajes y movimientos, como mirar el cielo con los ojos en blanco desmesuradamente abiertos, golpear furiosos la tierra con los piés y otros como la muestra, que les hacen parecer verdaderos demonios. Asegurado de esta manera el prestigiador de la venida del espíritu infernal, hace sentar al muchacho en una silla, y luego empieza éste á preguntar como antes le enseñara.

—Maestro, ¿de dónde vienes?

—Vengo del monte, y he recibido órdenes é instrucciones de nuestro jefe.

—¿Están allí todos bien?

—Muy bien.

—¿Y qué órdenes traes?

Entonces empieza el embaucador á despotricar á su gusto contra la Religión católica y contra todo lo que huele á europeo, auxiliándole el muchacho con igual desfachatez en esta campaña de difamación.

Ayuntamiento de Madrid

Los interventores, que puede serlo todo el mundo excepto los cristianos, creen fácilmente las afirmaciones del embaucador, especialmente porque ven que un muchacho que poco antes ignoraba aun la existencia de los europeos, habla entonces tan cuerdamente contra ellos.

Previo algunos ensayos y cuando el muchacho está convenientemente aleccionado en la ciencia diabólica, entonces empieza á golpearse con el machete ú otra arma, sin en efecto recibir el menor daño. Que el diablo interviene parece indudable, pues habiendo asistido algunos cristianos por mera curiosidad, nunca les han podido transmitir el espíritu diabólico, siendo por esto, y por otras razones, el privar ellos mismos la asistencia de los cristianos á sus artificios.

Según confesión de los embaucadores, el ser invulnerables dura sólo el tiempo del prestigio (lo cual como es natural ignoran los jóvenes que se prestan á intervenir), y así vemos que todos pasado éste temen lo mismo que antes á los cristianos y á los soldados del Gobierno.

Una de las cosas que causa más triste admiración es ver que una vez poseídos del maligno espíritu, éste aun en el campo y sin menester el auxilio del prestigiador, obedéceles al primer llamamiento, y en recompensa hace de ellos instrumentos de iniquidad y les causa daño corporal. Yo mismo he visto muchachos poco antes robustísimos, al cabo de un mes de prestigios quedar aniquilados cual calaveras y morir de debilidad.

Valiéndose de este diabólico medio los defensores de la persecución han sumado tantos prosélitos, que de cien pueblos los ochenta están poseídos de terrible odio contra el Catolicismo y contra cuanto viene de Europa. Si el Gobierno Imperial ó los de las grandes potencias europeas no procuran aplicar eficaz remedio, poco tiempo podremos continuar resistiendo á la no interrumpida serie de graves males que nos afligen.

Muy de temer es que muchos cristianos, convertidos estos últimos años, no resistan la persecución, pues es tan débil su fe que no pocos á la sola amenaza huyen despavoridos de los pueblos que habitaban. Yo véome obligado á ir de un pueblo á otro no sólo para alentar á los fieles, sino también porque no hay lugar bastante seguro para poder residir.

En esta parte del imperio chino hallámonos en los tiempos en que el sacerdote europeo sólo puede andar de noche, escondido y disfrazado para no ser conocido como *diablo europeo,* nombre con el cual le favorecen los chinos.

Entre tantas penalidades no faltan algunos ejemplos de fortaleza que animan y consuelan al pobre misionero.

Hace pocos días un cristiano no bautizado cayó en poder de los perseguidores. Atáronle entre dos palos, sujetáronle por el pescuezo y le dieron más de doscientos machetazos, para ver si podían hacerle renegar de la fe que profesaba; pero él firme siempre contestó con igual entereza que era cristiano, y sufrió con heroico valor el bárbaro suplicio, hasta que cansados sus verdugos de maltratarle pusiéronle en libertad, hallándose él con no pequeño asombro sin herida ni lesión alguna: al mismo día vino á visitarme, y convencíme haber sido milagro de la Divina Providencia el no haber quedado muerto antes de recibir el Bautismo, súplica que no cesó de dirigir con todo el fervor de su alma durante el largo suplicio.

Una mujer que antes de ser bautizada temía horriblemente la persecución, hallóse tan cambiada después de haberlo recibido, que quería ir en busca de los perseguidores, y si yo no la hubiera detenido seguramente sería hoy ya víctima de sus parientes, enemigos encarnizados de la Religión católica.

A pesar de la persecución que se prepara, muchos son los que quieren hacerse cristianos: todos los días preséntase alguno pidiendo ser admitido. Citaré el hecho de un pueblo que nunca había oído hablar de Religión, cuyos habitantes vinieron á encontrarme pidiendo fuera allá para resolver una cuestión material: negué-me á ello porque no eran cristianos, y exhortéles á abrazar nuestra Religión sacrosanta, no ya por fines materiales, sino para la consecución de la eterna felicidad. Prestaron atento oído á mis exhortaciones, hiciéronse cristianos, y lograron sin ir al tribunal civil resolver el litigio. Son cristianos fervientes y muéstranse muy gozosos de su suerte.

Durante el 1898 mi rebaño aumentó en trescientas almas que están aprendiendo el Catecismo, y espero poderlos bautizar dentro breves meses.

Muchos de estos nuevos cristianos pertenecen á la secta Likuato, favorable á la Religión católica y á las ideas europeas, y convencidos todos sus miembros de que el demonio no puede nada en presencia de los buenos cristianos. Así lo confesó hace breve tiempo el mismo diablo durante el prestigio: uno que antes del prestigio quería destruir la Iglesia y matarme á mí, el demonio obligóle á desistir de su intento diciendo que él nada podía hacer contra los ungidos del Señor.

—

El Dios de infinito poder ha querido manifestar su justicia á este país ingrato, castigándole con tan grande inundación que de los veinte pueblos de este Vicariato, quince han sufrido grave daño, algunos han sido destruidos por completo, siendo muchos los ahogados, y restando sin hogar más de dos millones de habitantes. Son más de cincuenta las iglesias y cristiandades totalmente destruidas. Son más de cien las que amenazan ruina. ¡Horror y lástima grande causa ver tantas familias que vivían antes desahogadamente y hoy restan en medio de las aguas, sin abrigo ni hogar donde cobijarse, refugiados en un montón de barro! Hace pocos días fuí á uno de dichos pueblos inundados para administrar la Extremaunción á un enfermo, que mejor que de enfermedad moría de miseria. ¡Sólo Dios sabe cuán gran dolor experimenté al oir á tantos hombres y mujeres llamarme con las más compasivas voces, pidiéndome les socorriera en su gran miseria!

Aumenta el penar del misionero ver que falto de recursos nada puede hacer para aliviar á los que sufren; no tenemos ni una mala embarcación para poder visitar los inundados. ¿Cómo podremos reunir los cristianos y cómo reedificar las iglesias? ¿Cómo aumentar el número de los fieles? Muchos de estos desgraciados, socorriéndoles con pequeña limosna vendrían á engrosar nues-

Ayuntamiento de Madrid

tras filas. Nosotros los misioneros carecemos de recursos: sólo la inagotable caridad de los cristianos podrá aliviarnos en nuestra miseria. Sólo los europeos saben comprender el mucho mérito que delante de Dios tiene esta hermosa obra de misericordia.

Un óbolo insignificante para los ricos bastaría para librar á no pocos de la pérdida de la fe, y para lograr la conversión de muchos.

Sin un pronto remedio, gran número de cristianos deberán abandonar sus pueblos y trasladarse á otros donde no hay sacerdotes ni fieles, y donde por lo tanto corre grave riesgo su salvación.

Quiera Dios que la lectura de estas mal hilvanadas líneas inspire á los pudientes el deseo de contribuir generosamente al alivio de tanta miseria, y proveer á la salvación de tantos infelices.

ALTO NIGER (África Occidental)

Apostolado de las Religiosas entre los negros

Nada más conmovedor que la siguiente carta que la Hermana Jonás, Religiosa misionera, dirige al R. P. Planque, superior general de las Misiones africanas de Lión; nada más oportuno para dar exacta idea del admirable celo que alienta en el corazón de los valientes auxiliares del misionero en la inhospitalaria tierra africana, y nada en fin que mueva más fácilmente la generosidad de nuestros lectores en favor de obras tan dignas de todo apoyo.

Gustosa tomo la pluma para dar algunos pormenores de este desgraciado cuan miserable Níger, tan probado últimamente con la total ruina de nuestra hermosa Misión de Alla y de nuestros importantes centros catequísticos.

Un pueblo del Níger no es ciertamente parecido á una ciudad europea. Es un conjunto ó agrupación de casas de techos planos, esparcidas sin orden entre frescos bosquecillos de altivas palmeras.

Penetrad bajo uno de estos techos, y hallaréis refugiados en aquel reducido espacio bestias y personas; el duro suelo sirve de mesa, silla y lecho. Si acertáis á visitarlos á la hora de comer, hallaréis reunidos en torno de una calabaza los dueños de la choza, y con el descaro que engendra la familiaridad, gatos, cochinos, cabras y gallinas: los unos emplean los dedos como tenedor y cuchillo, los otros procuran recoger las migajas del festín... ¡Cuántas veces me han invitado á compartir el apetitivo *foufou,* condimentado con aceite de palma y pimiento!... Podéis juzgar mi apetito... y mi bienestar, pues entre bocado y bocado sentíame una picada aquí, otra picada allá, comezón en la espalda, comezón en la pierna: pulgas, chinches, mosquitos, os martirizan y volverían locos si el festín se prolongaba mucho tiempo. En esta reducida vivienda los negros entierran sus muertos, que apenas llegan á mal cubrir con delgada capa de tierra; natural es, pues, que el suelo exhale insoportable hedor.

—

Los negros del Níger trabajan una especie de corteza de árbol, y con ella confeccionan sombreros, pues el negro empieza siempre su vestido por la cabeza. Véseles pavonearse gravemente ostentando el sombrero ancho como un parasol, y un cinturón que dista mucho de alcanzar iguales proporciones.

Los *okpas* ó jefes (numerosos en los pueblos, pues basta haber muerto un hombre para obtener este grado), por el mero hecho de serlo, no pueden ocuparse en trabajo alguno. Véseles sentados en la arena, frente sus casas, cerca vivificadora hoguera, fija en la inmensidad su mirada, pasar horas y más horas fumando en largas pipas. Comer bien, beber bien, bailar, fumar, dormir y morir cuanto más tarde mejor, éste parece ser el fin de su existencia.

A corta distancia de nuestros establecimientos vive una tribu de antropófagos, y si bien estos caníbales parecen mirarnos con indiferencia, nos haría maldita gracia caer en sus manos.

—

Cuando la epidemia sienta sus reales en un pueblo, los crímenes y sacrificios no cesan hasta que calma la cólera de su dios. Estos últimos tiempos he visto devorar por los pájaros una infeliz esclava, que fué colgada á un árbol ¡para obtener el fin de la guerra entre dos tribus!... Con este mismo fin un niño de doce años, cargado por los fetiques con todas las desgracias que afligían al pueblo, fué atado como dañino animal y arrastrado sobre las piedras del camino. ¡Dos horas sufrió el pobre niño tan bárbaro suplicio, pasadas las cuales fué arrojado al agua entre el ensordecedor clamoreo de *victoria,* lanzado al aire por un populacho feroz!!!

Pocos días han pasado del en que hallábame sola en la Misión, cuando de súbito una esclava, salta corriendo como loca el vallado y arrójase á mis piés.

—¡Blanca, sálvame! quiere matarme.

Escondíla precipitadamente en el ángulo de una habitación, y entró el amo de la infeliz. Gritó, echó mil pestes, pero yo escuchéle paciente sin decir palabra. Tuve la dicha de salvar la desventurada negra: aquella misma noche debía ser sacrificada para asegurar abundante cosecha de ñames.

—

Nada más horriblemente salvaje que las crueldades cometidas en los funerales de un jefe. Abierta la fosa, extiéndese al fondo dos esclavos vivos, colocan sobre ellos el cadáver, y sobre éste otros dos esclavos vivos también, y apresúranse á llenar la hoya: la fiesta termina danzando. ¡Con relativa frecuencia vense al rededor del sepulcro del jefe víctimas que cabeza abajo cuelgan de altos árboles!

Una horrible costumbre exige que el niño cuya madre murió al darle á luz sea enterrado con ella, ó despedazado primero y quemado después. Otras veces estas inocentes víctimas son abandonadas á las fieras ó expuestas dentro vasijas de tierra á los ardientes rayos del sol africano en los desiertos bosques: ¡el tierno cuerpecillo, replegado sobre sí mismo, tarda poco en morir si antes no es devorado por animales carnívoros!...

Todas las mañanas la Hermana misionera recorre los alrededores, suplicando al Señor se digne señalarle los sitios donde pueda hacer algún bien. Descubierta la pista de un crimen que va á cometerse, ella no para,

Ayuntamiento de Madrid

va al encuentro de los que lo meditan, agota toda su elocuencia, ofrece sus miserables riquezas para acercarse á la desgraciada víctima, y arrancarla de las garras de Satán si no puede de los tormentos y la muerte.

—

Ancianos y leprosos nos proporcionan también dulces alegrías. Cuando estos miserables no pueden trabajar, sus desnaturalizadas familias arrójanlos lejos de sí, abandonándoles entre bosques y malezas.

Deseando ganar estas almas para Dios hemos fundado una pequeña Casa de Refugio, dividida en departamentos. El mobiliario de cada uno consiste en una estera, una olla de tierra cocida y algunas calabazas. Allí es donde algunas almas privilegiadas, purificadas por el sufrimiento y el bautismo, vuelan al cielo dejando plaza libre á nuevas miserias. Es nuestro sueño dorado un más espacioso local y abundantes recursos para esta hermosa obra de los pobres ancianos.

—

Además del cotidiano trabajo debemos visitar mensualmente los catecismos organizados en los alrededores. Son éstos rudos servicios durante los cuales la señora delicadeza debe ser pisoteada despiadadamente. En los establecimientos catequistas (Ibu, Ibusa, Okpanam, Oboro) es preciso acostarse en una casa escasamente resguardada, sobre pobres esteras; trabar amistad con animalillos que nos martirizan, ¡y comer con frecuencia el *foufou* en una calabaza que poco antes nos presentaron para lavarnos el rostro y las manos!

Los caminos que á tales establecimientos conducen son impracticables. Arbustos y hierbas de elevación extraordinaria cúbrennos á veces completamente, formando sobre nuestras cabezas un tupido tejido de verdor; otras debemos sentarnos sobre derribados troncos y pasar á opuesta orilla, separar con las manos lianas y espinas que desgarran el rostro, descender á profundos barrancos, para subir de nuevo y de nuevo volver á bajar. Cuando sobreviene la lluvia nuestros vestidos pierden su blanco color, y causaríamos miedo á nuestras hermanas de Europa si no supieran que nunca regresamos de estas correrías sin lograr muchos bautismos y conversiones.

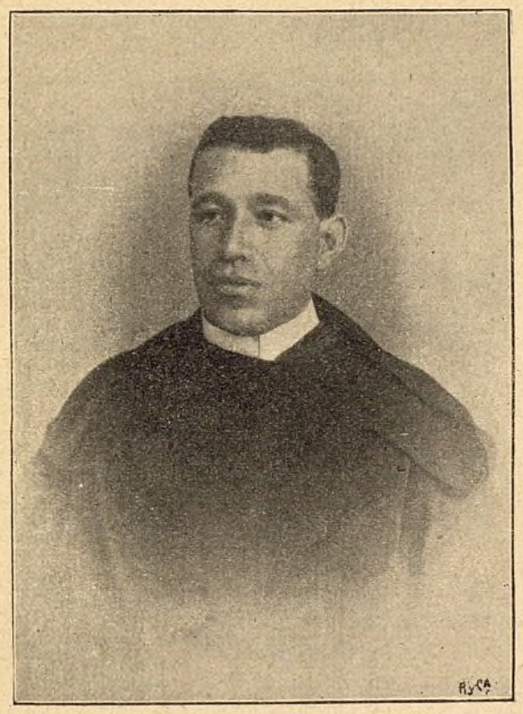
—

Los catequistas negros, establecidos en distintos pueblos en espera de que podamos instalarnos nosotras, son modelos de celo.

Juan Bautista, catequista de Ibusa, es un misionero. Recorre diariamente el pueblo, va de cabaña en cabaña, bautiza los moribundos, instruye en sus casas á los ancianos, y aun réstale tiempo para reunir los jóvenes y enseñarles el Catecismo, y para durante las primeras horas de la noche enseñarlo á los que amos despiadados obligan á trabajar todo el día.

La madre de este celoso catequista, anciana fetique, estaba dotada de cabeza más dura que su corazón, lo cual no es decir poco... Juan hablóle en vano de Dios y del bautismo; la vieja exorcista cerraba el oído á cuanto decía su piadoso hijo.

Un día un mal terrible, la gangrena, apoderóse de su pie: el fetiche consultado afirmó que el mal era grave.



M. R. P. Fr. Moisés Santos, *agustino*

Asesinado por los masones y filibusteros de Malolos, (Filipinas) en 31 de Marzo del año próximo pasado *(Pág. 289 del vol. VI)*.

M. R. P. Fr. Francisco M. Girón, *agustino*

Héroe de Guiguiento, condecorado con la cruz de Carlos III por su distinguido comportamiento en la defensa de Manila. *(Pág. 50 de este mismo volumen)*.

Ayuntamiento de Madrid

Avisado Juan Bautista llegó, vió la enfermedad de su madre y la condujo á nuestra reducida casa de refugio. ¡Pobre anciana! Uno tras otro cayeron todos los dedos de su pie, y luego cayó el talón y el pie y la pierna. ¡Los gusanos pululaban por la llaga viva! La hora de la gracia había llegado. A grandes voces pedía el bautismo. Apresurámonos á comunicar á Juan tan grata nueva deseosas de que pudiera disfrutar del consuelo de ver bautizar á su madre. ¡Conmovedora escena! Con incomparables palabras hablóle de la grandeza de la misericordia de Dios. Dos lágrimas deslizáronse suavemente por las mejillas de la moribunda, que recibió el bautismo y voló á gozar de la felicidad eterna.

—

Olvidéme hablaros de nuestras hijitas.

Cuarenta son y aprenden el Catecismo, las oraciones y la lengua del país. Preciso es adularlas, regalarles sayas ó recortes de telas de vivos colores, tabaco (aquí las mujeres fuman como hombres), etc. Pero ¿qué no haremos para atraer y conservar estas pequeñas salvajes, esperanza de la Misión?

LOS PIGMEOS

POR EL ILMO. LE ROY

OBISPO DE ALINDA, VICARIO APOSTÓLICO DE GABÓN, SUPERIOR GENERAL DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO Y DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA.

III.—DISPERSIÓN DE LOS NEGRILLOS AFRICANOS *(continuación)*

Los negrillos en el Atlas.—En el Sudán.—Grupos dispersos entre los pueblos *Bantu* de la zona ecuatorial (Oeste africano).—Recuerdos del siglo XVII.—Los Bushmen del Africa Austral.—Dispersión general.

DIRIJAMOS nuestra mirada más hacia el Norte.

¿Es cierto, como cree M. R. G. Haliburton, que han existido y existen realmente pigmeos en el Atlas, ó, como cree M. Stuart Glennie, son simplemente bociosos de corta talla, numerosos en alguno de estos valles? Difícil es resolver, pero en la actualidad parece más fundada la primera opinión.

Después de minucioso informe, y apoyado en numerosos testimonios, M. Haliburton fija la manera de ser, los caracteres psíquicos y las costumbres de los enanos del Atlas. Habitan principalmente el valle Dra, y extiéndense hasta el Atlántico. Su altura es de unos cuatro piés. El color de su rostro es rojo oscuro, y tienen la cabellera corta y rizada. Son muy hábiles para la caza y la danza. Si bien hecha en breves palabras ésta es la descripción de todos sus congéneres africanos (1).

Y de nuevo nos hallamos con los nasamons aprisionados por los enanos trogloditas, cuyo recuerdo nos transmitió Herodoto.

(1) Dr. Caze: *Les Races humaines des Pygmées* (Revues des Revues), 15 de Mayo de 1896.

Su nombre, si es exacto, coincide con el que halló Schweinfurth en las fuentes del Wellé, y con el que se lee al pie de la figura de un enano en un monumento egipcio, cuya construcción data tal vez de más de cuatro mil años...

—

Al Oeste, en la región que limita actualmente la colonia inglesa de Sierra Leona y la Foutá Djalon, describió Mollien en 1818 los habitantes del pueblo de Faraón, en Tenda-Maié, «notables por su corta talla, la debilidad de sus miembros y el dulce timbre de su voz. Ellos son los verdaderos pigmeos africanos.»

Otros más recientes testimonios nos da Escayrac de Lanture al describirnos una población que cree situada muy lejos, «al Sudeste del Baghirmi: los mala-gilagé.» Gentes de corta talla, de piel rojiza ó blanca, siguiendo la expresión africana, y extremadamente velludos (1). Es evidente que esta descripción tiene no poco de legendaria, pero prueba á lo menos que los negrillos son conocidos en el Soudán.

Lo son asimismo en Sierra Leona, pues allí fué donde el Rdo. Koelle oyó hablar de los keukols y de los betsanes (Bet-san, y Sanyé Sàn), pequeños pero fuertes, hábiles cazadores, hombres de larga cabellera y poblada barba. Su habitación, según parece, era el lago Liba ó Riba en la región del Shari (2).

Por desgracia las precedentes descripciones son muy incompletas, pero basta leerlas para comprender claramente que todas se refieren á nuestros enanos.

—

En la costa oriental hallamos otras mucho más concretas.

En la parte superior del Kamerun, hacia el Sudeste, existe un desfiladero estrecho á manera de largo pasillo, por el cual parece que desde muy remota antigüedad han pasado todas las tribus que actualmente pueblan las costas del Atlántico hasta el Gabón, donde afluyen todas para *civilizarse* y morir. Este movimiento tal vez muy antiguo, continúanlo en nuestros días los *fans* ó *pahouins* (3), que cazan y dispersan á los *mékuk,* llamados *bosyeba* por los europeos, tribus que en su marcha les precedieron; los *ba-lengi,* los *kombés,* los *lengas,* los *sekés* (boulous), fueron vencidos y arrojados sucesivamente de los países que ocuparon, de la misma manera que ellos vencieron y arrojaron á los primitivos pobladores.

Hacia abajo, ó sea en la parte inferior, obsérvase el mismo fenómeno. Los *mpongwes,* venidos en su mayor parte por el Komo, y á los que los portugueses del pasado siglo llamaron *pongos,* siguieron los *ba-kelé,* y en la actualidad los *fans* extienden su numerosa tribu desde Campo á Setté-Cama.

En todas estas poblaciones he hallado no ya la tradición de los negrillos, sino también su nombre, sus campamentos, y por consiguiente los mismos negrillos.

(1) G. Schweinfurth, p. 118.
(2) G. Schweinfurth, p. 119.
(3) De la palabra primitiva *Fan* ó *Fang* (sonido nasal) las tribus de la costa han hecho *mpan-wé* cambiando la *f* en *mp* y añadiendo una terminación vocal. De mpanwe los europeos á su vez hicieron *mpawin* ó *pahouin.*

Ayuntamiento de Madrid

Los kombés los llaman *ba-kuya* ó *baweya;* los shékés (1), *béuyo;* los ba kelé, *ba-kula;* los fans *bé-kü*, y be-kwi; los mekuks, *bé-gyel* (sing. *n-gyel);* y los mpongwes, *a-kóa*. Como puede verse, todos estos nombres tienen la misma radical *ko* ó *ku*, que cada tribu prefija ó afija á su manera, al igual que hacemos nosotros con los nombres extranjeros (2). Por todas partes he encontrado negrillos tales como los dejo descritos, pero debo añadir que en ninguna formaban un grupo numeroso.

Hablando en particular de los fans, un negrillo indicóme la presencia de nueve claus ó familias. Crampel, en el primero de los viajes que hizo desde el Alto Ogowe á Campo, encontró uno de sus campamentos (11° long. E. de París, y 2° lat. N.). Es preciosa la descripción que del mismo nos legara, pero llámalos equivocadamente Ba-yaga, nombre con que probablemente se los daría á conocer algún intérprete loango que confundiría el nombre de los pigmeos con el de la tribu que puebla el país por ellos habitado, á no ser que por vanidad ó deseando esconder su origen se nombren así recordando el país que en otro tiempo habitaran y del cual fueron expulsados. Sea de ello lo que fuere, los verdaderos ba-yaga no son negrillos.

—

Más hacia el Sud, en el hermoso lago de Fernán-Vaz, y á ambas orillas del río Nkomis, que presta tributo á dicho lago, vi dos interesantes campamentos de negrillos mestizos, además de otros individuos de la misma tribu dispersados entre los indígenas, de los cuales son esclavos. Conóceseles con el nombre de *A-gongo* (3).

—

Si continuamos descendiendo llegaremos á Setté-Cama (el *Ndogo* de los indígenas), á Mayumba, y por último al lugar llamado por Andrés Battel Cabo Negro. Fué Andrés Battel ó Battell un marinero inglés, que hecho prisionero por los portugueses el año 1589, lo llevaron al Congo, donde permaneció cerca de dieciocho años. En 1625 publicó el relato de sus aventuras, que resume el Rdo. Prevost en su historia general de viajes (4).

«Al Este del Cabo Negro, dice Battel, hízose conducir á la casa de un jefe llamado Mani-Keseck, distante de Mayumba unos ocho días. Compró una crecida cantidad de dientes y colas de elefante, que vendió á los portugueses por treinta esclavos.

«Al Nordeste de la vivienda de Mani-Keseck encuéntrase una nación de pigmeos, conocidos con el nombre de *Matimbas,* cuya altura no excede á la de un niño de doce años, siendo todos de extraordinaria gordura. Aliméntanse con la carne de animales que matan con flechas. Pagan á Mani-Keseck un tributo de dientes y colas de elefantes. A pesar de la amabilidad de su carácter, niéganse á entrar en las casas de los Marambas y á recibirlos en sus pueblos. Si por casualidad entra alguno de aquéllos, bástales este solo hecho para abandonar sus más antiguas viviendas: el autor no explica las causas de tan profunda antipatía. Las mujeres sírvense del arco y de las flechas con igual habilidad que los hombres. No temen internarse solas en el bosque sin otra defensa contra todos los peligros que las flechas emponzoñadas.»

Para encontrar en la actualidad á estos negrillos, basta cambiar una letra de los nombres que se les asignan; compréndese muy fácilmente que un viejo marino entendiera, retuviera ó escribiera mal. No son, pues, los *dongos* pero sí los *bongos,* y no son tampoco los «*matimbas*» pero sí los *ma-rimba*. A pesar de haber transcurrido tres siglos continúan viviendo en la misma región, y allí los visité en uno de mis viajes. Hoy como entonces los *ba-yaga,* ó si se quiere, como escribe el holandés Dapper sin tener en cuenta la prefija, los *yagas,* son los que les dan albergue en sus bosques del Mayombe.

Oliver Dapper, fundado en las relaciones de los viajeros y comerciantes portugueses, que fueron los primeros exploradores de estas costas, dice:

«Son éstos los lavangois (*loangos),* que venden á los europeos el marfil. Cómpranlo á los jagos *(jagas* ó *yagas)* de Bokke-Mealé, á los cuales dan en cambio grandes cestos de sal, que transportan los esclavos sobre sus cabezas. Los jagas aseguran, probablemente para dar más valor á sus mercancías,—todos los países tienen sus engaños comerciales,—que los enanos cuando van á la caza saben hacerse invisibles, y que de esta manera cuéstales muy poco trabajo matar á los animales, cuya carne comen y cuyas defensas venden (1).»

Todos los detalles de la precedente relación son exactos. El marfil abunda, en efecto, en las costas del Loango, si bien el comercio ha disminuido, de la sal sírvense los indígenas para comprar en el interior; todos ó casi todos los negrillos van á matar el elefante, y finalmente, es creencia común que estos enanos gozan del privilegio, envidiado por todos, de hacerse invisibles á voluntad...

Pero cuando el mismo autor nos habla de los «mimos ó *baké baké,*» tributarios del gran Makoko, y que habitan en tierras áridas, y que cambian la sal de Loango por el marfil, es preciso advertir que los «enanos *baléke,*» que aun en la actualidad pueblan los alrededores de la moderna Brazzaville, no son verdaderos negrillos. La carta del antiguo reino del Congo, publicada por E. Reclus, copiada de Anville, prueba esta afirmación (2).

Por último, un compatriota y contemporáneo de Anville, Guillermo de l'Isle, es mucho más explícito. En carta fechada en Enero de 1708, y cuyo conocimiento debo á la amabilidad del Rdo. Lebel, catedrático del Seminario de Nuestra Señora *des Champs,* París, el antiguo geógrafo señala al Norte del ecuador una gran floresta, que Stanley cruzó por primera vez, y añade la siguiente explicación: *Bosques habitados por los pue-*

(1) Los shékés llámanse á sí mismos con este nombre (beshéké). En gabón llámanles *a-sekiani,* y los europeos *boulous:* dícese haberse llamado así uno de sus antiguos jefes.

(2) Los mekiks han suavizado la *k* en *g* y la *n* en *i: Bé-gi-d.*

(3) No *achanyos,* como equivocadamente escribió Chaillu.

(4) Véase también Walckeanër, *Hist. gen. des Voyages,* XIII, p. 12 y 434.

(1) O. Dapper: *Nouvelle Geografie d'Afrique* (Amsterdam, 1660 y 1688).

(2) E. Reclus: *Nouv. geogr. univ.,* XIII, p. 348.

Ayuntamiento de Madrid

blos bakke-bakke, vasallos del gran Macoco y que pretenden ser una nacion de enanos.

Vemos, pues, que las grandes florestas del Alto Congo y los pigmeos que los pueblan eran conocidos de los antiguos portugueses antes que hablara de ellos el explorador americano, y que además sostuvieron relaciones comerciales con las factorías belgas de Aruwimi y de Ituri... Muchas veces nuestros descubrimientos consisten en hallar lo perdido.

—

Retrocedamos por el mismo camino.

He indicado que entre los Mpongwés existe un corto grupo de a-kôas, que visité acompañado del P. Trilles, misionero del Gabón, y de los cuales algún tiempo después Félix Repontyambo, hijo del anciano rey Denis, jefe del país, dióme algunos interesantes pormenores.

Hállaseles en número algo mayor entre los *orungus,* frente el Cabo López, y aquí fué donde el almirante Fleuriot de Langle pudo observar uno.

Para encontrar otros campamentos es preciso en la actualidad remontar el Ogowe hasta Ndjolé. En los alrededores de Marche, y en otros puntos, he visto algunos representantes dispersos. Desde los orígenes del río son conocidos por todas partes, especialmente entre los *ba-kota* y los *bangwé,* y en 1894, visitando acompañado del P. Bichet á los *ba duma,* encontramos muchos de ellos y teníamos constantes noticias suyas.

Sin embargo, después de algún tiempo debíamos verlos mejor al pasar por la tierra de los *lastoursville* en las vertientes del *Samba* (Ngunyé), á través del país que pueblan los *ba-wandji,* los *ba-nzabi* (1), los *ba-vovi* ó *pobes, ba-ngomo,* los *simbas,* los *m itchogo,* los *ba-vcya* y los *ba-pinagi.* En esta región, que sólo pude visitar parcialmente, encontró hace treinta años el P. del Chaillu á los *a-bongos.* Nosotros los hallamos de nuevo.

Más al Norte, en la parte superior del *Likwala,* afluente del Congo, M. de Brazza díjome que los había visto en la casa de un jefe con los mismos caracteres.

A-kôa, a-jongo, a-rimba, a-bongo son, pues, nombres distintos de la raza que nos ocupa.

—

Descendamos hacia el Sud.

Los PP. Lecomte y Antunés, de la Congregación del Espíritu Santo, misioneros en Angola, pero que habían viajado por el Norte y Sud del Cunene, hallaron repetidas veces poblaciones parecidas á las de que tratamos. Sus habitantes, unos, los trogloditas, son más negros, y conóceseles con el nombre ya citado de *ova-kwisu.* Otros, de color algo amarillento, llámanse *ova-kaukala, ova sékéle* ú *ova-kwené.* Pero el nombre general con que son conocidas todas estas tribus dispersas es el de *ova-twa,* ó sea el mismo que en Tanganyika y en Zanguebar.

—

Otra población de corta talla y de los mismos caracteres habita en el Sud del Africa: son los *sân,* llamados *bosjesmannen* por los holandeses, *bushmen* por los ingleses, y como dice el traductor de Stanley *broussards* por los franceses. ¿Deberán incluirse en el grupo de los negrillos?

Es innegable que á ello se oponen serias dificultades.

Vemos desde luego que M. de Quatrefages no se atreve á incluirlos entre ellos (1), y sólo con el título de *tipos mestizos* los hace figurar en el cuadro de las razas negras. Pero preciso es observar que el color amarillo cobrizo que induce al ilustre escritor á la antedicha separación es el color propio de los negrillos primitivos, como probaremos en el decurso de este estudio. Además, si los sân parécense á los negros «por todos sus restantes caracteres,» creo no hay razón para mantenerlos separados.

El sabio colaborador de M. de Quatrefages, el doctor Hamy, en una nota manuscrita que tuvo la bondad de dirigirme, añade otra poderosa razón: los sân serían dolicocéfalos (cabeza relativamente alargada y estrecha), en tanto que los otros negrillos serían braquicéfalos (cráneo más ó menos redondeado). ¿Las observaciones hechas hasta hoy entre los bushmen, permiten asignarles en absoluto dicho carácter? ¿Los bushmen observados no eran en mayor ó menor grado hotentotes? Y finalmente, ¿es tan grande la uniformidad de los cráneos de los bushmen, que no es posible observar ni fusión gradual ni yuxtaposición (2)?

Por lo que se refiere á la esteatopigia y á los desarrollos grasientos de determinadas partes del cuerpo, carácter muy notable entre los hotentotes y los bushmens, Schweinfurth es el primero en hacer constar hasta qué punto existen entre los bongos del Alto Nilo (preciso es no confundirlos con los negrillos del mismo nombre). Otros viajeros han observado esta particularidad en otros puntos del continente africano, y puede decirse que en mayor ó menor grado obsérvase en todos los pueblos negros (3). Además, cuantos tuvieron el honor de ser recibidos por los últimos sultanes del Zanzíbar, Seyid-Bargash y sus sucesores, pudieron observar la esteatopigia, más pronunciada que la de la Venus hotentote, en Ahmed, jefe de los eunucos, originario del Sudán... La esteatopigia no es, pues, propio solamente de los bushmens, y por consiguiente no puede darse como carácter distintivo de una raza. Sin embargo, si no propio de todos los negrillos, es general, y me ha causado no poca admiración el desarrollo anormal de algunas partes del cuerpo, como por ejemplo el pecho y muy especialmente el estómago entre los hombres de esta raza, observándose particularmente en los de color más claro. ¿Será tal vez un caso de atavismo, ó cierta predisposición natural á asemejarse á los bushmen, ó será que ha contribuido á ello la realización de tal ó cual condición ó medio de existencia?

Fundándose en la lengua hacen otra objeción. Dos caracteres principales distinguen el hotentote-bushmen: 1.° la abundancia de las «cliks» ó consonantes cla-

(1) Los *n-jaris* de Marche.

(1) A. de Quatrefages. *Introduction à l'etude des races humaines,* p. 341.

(2) Compás en mano, Prüner-Bey halló dos hermanos igualmente distinguidos en el estudio de las ciencias, y uno de ellos era dolicocéfalo y el otro braquicéfalo.—P. Chabás, *Etudes de l'Antiquité historique,* p. 505.

(3) Vénse algunos casos en Europa, aún en el mismo París.

Ayuntamiento de Madrid

JAPÓN.—Tierra para colonizar en el Yeso. *(Pág.* 137)

cuants (1). 2.° un sistema gramatical fundado casi exclusivamente en sufijos que denotan el sexo.

¿Tienen estos caracteres las lenguas que en la actualidad hablan los demás negrillos?

No, debemos contestar ateniéndonos á cuanto indican las observaciones hechas hasta el presente. Sin embargo, esta contestación no prueba nada, pues todos los negrillos hablan la lengua más ó menos corrompida de las tribus entre las cuales habitan ó por las cuales fueron vencidos: la lengua propia de este pueblo se ha perdido... ¿No sucederá lo mismo con los sân ó bushmen, y la lengua por ellos hablada no la habrán aprendido de los hotentotes, sus vencedores y maestros? A ellos debemos, pues, dirigirnos y preguntarles de dónde proceden. Fundándose en los caracteres físicos, M. de Quatrefages cree son amarillos mestizos de negros y que probablemente descienden del extremo Norte, de la Abisinia por ejemplo, por donde deben haber pasado los primeros centros de dispersión. Antes que él, y fundándolo en razones filológicas, el profesor Bleek halla analogías con los del Norte, y formula la siguiente notable conclusión: «Cuantas lenguas existen en Africa, Asia y Europa, fundados en el sexo de los nombres, pertenecen á una gran familia cuyo tipo primitivo mejor conservado ha sido por muchos conceptos el hotentote.» A su debido tiempo, fijándonos en otros caracteres, veremos que este grupo se parece al que forma la familia de los bantu... Sea de ello lo que fuere esta es una primera explicación: veamos otra.

(1) Sumamente difícil es indicar el sonido de las letras que los ingleses antes que nadie llamaban *cliks*. Su carácter propio y característico, dice Bertin, es el de formarse por la *aspiración* del sonido y no por la *expiración;* es en efecto una vibración pura provinente de un castañeteo de la lengua en la boca seguido necesariamente de una pequeña pausa antes de la ordinaria pronunciación de la letra siguiente. Los *cliks* están siempre en principio de palabra, cuando se encuentran en medio indican que es palabra compuesta. Cuéntanse nueve: cerebral, la paladial, la dental, la lateral, la gutural, la labial, la espinada dental, la lingual paladial y el indefinido llamado por Bleck «pronunciable.»

Los negrillos eran considerados como los primeros pobladores del Africa; así, pues, los sân en un principio hubieran sido empujados hasta el último extremo del continente por el pueblo que les siguió. Y esta primera tribu invasora, venida del Norte con sus rebaños y sus patriarcales costumbres, habríase mezclado con los sân y confundiríanse las lenguas que hablaban.

Cierto es que obsérvanse grandes diferencias en vocabulario y gramática comparándolos con los de los bantou, pero cierto es también que existen notables afinidades.

Los clicks, por ejemplo, consonantes iniciales transformadas, encuéntranse en todos los dialectos del Africa ecuatorial. Así en Khuai (bushman puro) *mano* es |ô (click dental); en Roa (población negrilla vecina), *ko* (clik sustituido por una k); y en la lengua de los bantu (swahili) *ko-no*. De la misma manera *|na, mirada,* en bushman; dícese *ona,* en mpongwé (Gabón) y *bona* zulu. Podrían citarse otros muchos ejemplos. Es curioso y parece demostrar que estos extraños sonidos son proporcionalmente tan esenciales al lenguaje como el chapurreo y ceceo, adoptados por pueblos que no pertenecen á este grupo: chuanas, cafres, zulus, de igual modo que los boers, han adoptado varias palabras holandesas (1).

Fijándonos en la gramática propiamente dicha, observaremos tiene con la bantu grandes afinidades. Son casi iguales los pronombres personales y posesivos.

	Bushman (Khuay y Seroa)	Lenguas Bantu	
Sing. Yo, mío	*mu* (khuai), *in* (seroa)	*mi* (mipongwé)	*ni* (swahili)
Tú, tuyo	*á*	*o*	*o*
El, suyo	*ha*	*a (yé)*	*a*
Plur. Nosotros	*sisi*	«	*oisi*
Vosotros	*u*	«	*mu*
Ellos	?	wi	*wa*

Lo mismo sucede con los pronombres posesivos y demostrativos.

(1) Bertin. *The bushmen and their language,* p. 15.

Ayuntamiento de Madrid

Las palabras y los tiempos de los verbos fórmanse de igual manera. Ejemplos: imperativo, es la radical del verbo; futuro: fórmase con la palabra *tana,* querer (swahili *taka),* prefijada á la radical, etc.

En roa los numerales van precedidos siempre de *te,* que en su origen, según Bertin, debió significar *dedo:* obsérvase lo mismo en muchos dialectos hablados por los negrillos del Gabón, con la diferencia que el prefijo es *bi.*

La distinción de sexos hácese juntando al nombre del animal la palabra *macho* ó *hembra.*

Bushman: *'go-aih,* un buey; swahili: *go-mbé-mumé*
» *'go-aiti,* una vaca; » *go-mbé-dytké*

Inútil es prolongar este estudio, pero son muchas las analogías que podríamos transcribir. Abrigo la firme convicción que cuando se hayan reunido elementos suficientes desaparecerá ó poco menos el profundo abismo que parecía separar los dos grupos de lenguas africanas.

—

Los caracteres físicos y sociales de los bushmen, dicen Fritsch y Farini, son tan parecidos á los de los negrillos que es poco menos que imposible no reunirlos en una raza primitiva.

Además, desde el país que actualmente habitan, al cual ellos mismos dicen fueron rechazados, hasta el extremo donde se encuentra los «pigmeos,» está representada esta raza por algunos grupos más ó menos importantes, y es interesante ver que sus dos ó tres nombres vulgares son conocidos por todo el país. El pueblo sân es, pues, el que habita al extremo Sud, y mézclase por un lado con los hotentotes, que serían de raza amarilla, y por otro, en menor proporción, con los be-chuana, de raza negra y de nombre al parecer igual al de los *a-ko-wa.*

En efecto, la palabra *be-chuana* fórmase de la radical *chu,* suave de *ku,* interpuesta á *ba-ana, nietos* ó *descendientes,* de la misma manera que *a ko wa* fórmase de la radical *ko* puesta entre *a wa, niños;* es el proceder general de las lenguas aglutinativas de la familia bantu. Sabiendo, pues, que la significación primitiva de *kô* es hombre (en roa *koan,* hombre), *be-chuana* y *ba-ko-a* ó *ba-ko-wa,* significarán «hijos de los hombres» ó «hombres pequeños.»

Observaremos también que el apodo más vulgar con que son conocidos los bushmen entre sus vecinos los bantu es el de *ba-tua,* ó como pronuncian los chwanas, *ba-roa. Ba-roa, ba tua* ó *ba-twa,* es el nombre con que son conocidos los negrillos hasta Tanganyika y Djuba...

Los hotentotes llaman asimismo á los bushmen *sân.* Es igualmente curioso encontrar esta palabra con las inevitables variaciones impuestas por la distancia, en los san-ye, que hallé sobre el Tana, y los tsân, señalados por Kœlle, en la región del Shari.

—

Como anteriormente dije, los sân ó bushmen de las fuentes del Orange distan mucho de encontrarse tan aislados como hasta hoy habíase creído. En efecto, M. Parini descubre en 1886 los *mkala,* verdadera raza de pigmeos, á orillas del lago Ngami (1). Más hacia el Norte, en Zambeza y Cunene, hállanse los negrillos de Serpa Pinto y de los PP. Lecomte y Antunés, y de éstos pasamos naturalmente á los de Tanganyika, Congo superior, Ituri y Wellé.

Vemos, pues, á los bushmen reunidos con sus hermanos: hasta que más amplios informes nos obliguen á cambiar de opinión seguiremos considerándolos como grupo meridional.

—

De lo expuesto resulta que la dispersión de los negrillos africanos extiéndese á casi todo el continente, aun cuando al Norte y Sudeste haya grandes extensiones que no estén poblados por ellos. Es esta afirmación interesante, nueva hasta cierto punto, y que servirá para las conclusiones del presente trabajo.

Bástenos por ahora dejar sentado que una raza especial, caracterizada por su talle, color, constitución física, costumbres y tradiciones, hállase actualmente dispersa por todo el continente africano en grupos más ó menos importantes. Además, aun cuando todos conserven los mismos caracteres generales, cada uno de ellos tiene en su constitución física y en sus costumbres algo de la tribu vecina. Los negrillos del Atlas mezclados con los maures no son iguales á los negrillos del Wellé mezclados con los momvu; los de las Gallas no se parecen á los massaï, y las poblaciones bantu son distintas de sus hermanas del país hotentote. Pero entre todos estos grupos existen relaciones tan evidentes que permiten pasar insensiblemente del uno al otro, y acabar por juzgarles unidos por innegables caracteres comunes.

La continuación del presente trabajo confirmará este primer aserto.

(Se continuará).

Un celoso misionero
un sabio eminente y un gran patriota

Biografía del P. Agustín María de Castro, agustino

(Continuación)

El convento de San Agustín era de los que en Manila poseían las mejores y más numerosas alhajas de oro y plata y ornamentos sagrados, y en él pusieron los ingleses los ojos de su avaricia, saqueándolo y vendiéndolo á un mestizo de Manila llamado Santiago Orindain (2).»

«He aquí lo que sacaron de este convento é iglesia (3): *de plata labrada* que tenía esta sacristía lle-

(1) Parini: *Huit mois au Kalahari (Tour du Monde,* 1896).
(2) P. Coco. Opúsculo citado, pág. 36.
(3) P. Agustín María. Historia del insigne convento de San Pablo de Manila. MSS. del cual posee copia el M. R. P. fray Eduardo Navarro, maestro de novicios de nuestro colegio de Valladolid.

Ayuntamiento de Madrid

varon: cinco frontales, cuarenta candeleros, seis hacheros, un tabernáculo de tres varas de alto, ocho gradillas, cuatro atriles, cuatro lámparas, ocho arañas, catorce cálices, catorce platillos con dos vinageras cada uno, seis campanillas, cuatro incensarios con sus navetas, cuatro ciriales, dos cruces altas y la una sobredorada, dos guiones con cadenas y granadas, dos pares de andas, seis juegos de palabras y visos, cuatro portapaces, veinte Misales con manillas y cantoneras de plata, seis copones para reservar el Santísimo. Todo esto se pesó en el balance ó fiel de los Hermanos de la Misericordia; pesaba la plata líquida, sesenta y dos mil y quinientos marcos castellanos. Las halajas y trastes de metal bueno que se llevaron eran muchos, y se tasaron en tres mil y cuatrocientos pesos duros. Las imágenes y piezas de marfil pasaban de cincuenta, y se tasaron en dos mil pesos.

«La ropa y ornamentos sagrados para celebrar Misas no se pudo tasar, porque al tiempo de sacarla de este convento y llevarla á la casa de Misericordia para tasarla, desapareció mucha en manos de los soldados, como es ordinario suceder en estas ocasiones: y aunque había centinelas franceses á todas las puertas de este convento, los soldados malabares y cipayos sabían modo de eludir su vigilancia: pero no obstante, diré algo de lo que vi por haberme hallado presente: cien casullas de todos los colores, cincuenta para los días ordinarios, y otras cincuenta de primera clase para los días solemnes. Lo mismo digo de las dalmáticas, pluviales, velos y frontaleras, las cuales eran de lama de oro, de tisú y brocado algunas. Las colgaduras para todo el cuerpo de la iglesia en los días de Pascua eran de damasco fino, listadas de encarnado y pajizo; se hicieron en Cantón de la China el año de mil setecientos, y costaron allá tres mil pesos, que es precio muy bajo y barato. Era ésta una alhaja tan especial, que la catedral de Manila nos la pedía prestada junto con los seis hacheros de plata para lucir en sus mayores festividades. En fin, importa la suma de todo lo embargado entre iglesia y convento 237,753 pesos.

«La ropa blanca que tenía esta sacristía era tanta y tan fina, que podía competir con el convento de Cádiz y Sevilla. Las albas de Holanda, de Bretaña ó de coco fino eran más de ciento con encajes, puntas y pasamanos muy estimados. El convento fué saqueado y embargado, con público pregón, el día 3 de Noviembre de 1762. En la celda prioral hallaron noventa mil pesos en plata, de los cuales parte eran de las obras pías, parte de algunos vecinos de Manila, y parte de la Religión. El día 8 de Diciembre sacaron los libros de la biblioteca y los llevaron á casa de D. Santiago Orindain, abogado y vecino de Manila, el cual los fué vendiendo por menudo: también se llevaron la botica, que estaba tasada en veinte mil pesos; los dos órganos del coro, y los dos archivos del convento y provincia los entregaron al dicho Orindain: después de las paces los recobramos y los volvimos al convento, aunque ya faltaban en el de la provincia muchos papeles. Dejaron tan mal parado todo, que cuando volvimos á recuperarlo, que fué en Enero de 1764, no hallamos un banco ó tabla en que sentarnos, ni un clavo en que colgar el sombrero. Fué mucho el dinero que se gastó después en componer los tejados y las paredes, que estaban muy picadas y agujereadas de las balas y bombas.»

Réstanos para dar por terminado este punto importante, indicar la parte que cupo al P. Agustín María en la defensa de la patria, tanto durante el sitio de Manila, como en la campaña iniciada después por el Sr. Anda contra los invasores; acontecimiento del cual nos dejó nuestro biografiado una *relación succinta y verídica*, además de lo que del mismo habla en su *Historia del insigne convento de San Pablo de Manila*, de donde están tomados los párrafos anteriores.

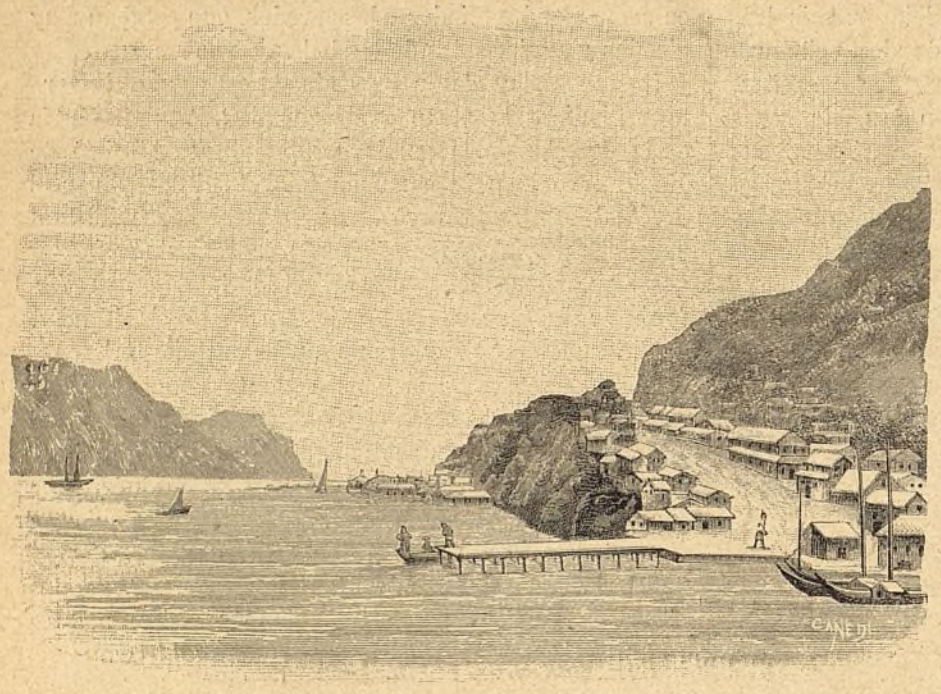
Nada podemos afirmar en concreto respecto de la conducta observada por nuestro Religioso durante el sitio de la ciudad, por no haber logrado ver el primer manuscrito antes citado, en el cual es probable que consigue su autor alguna cosa referente á sí mismo; sin embargo, atendiendo á que estuvo en este tiempo y algo después dentro de Manila, donde tan grandes ejemplos de valor y patriotismo veía en sus compañeros de hábito, y sabido su comportamiento luego que el señor Anda organizó la resistencia contra los ingleses, no juzgamos aventurado asegurar que no sería el P. María de los últimos en acudir á las murallas á sostener el ataque, en hacer la guardia cuando le correspondiese, y en alentar con su palabra y ejemplo á los defensores de la causa de España.

Lo que trabajó después de la toma de la ciudad, para impedir el avance de los invasores á las provincias, lo hemos indicado ya, y nos lo refiere él mismo en la página 37 del *Osario Venerable* por las palabras que, como resumen de todo lo expuesto y remate de este capítulo, copiamos á continuación: «El año, dice, 1762 que se perdió esta plaza de Manila, son innumerables los socorros y donativos que esta mi Provincia dió al ejército del Rey, no solamente antes de perderse, sino también después de perdida, quando el governador D. Simón de Anda se retiró á la provincia de la Pampanga, sin tener soldados, ni armas, ni víveres para resistir á quatro mil Ingleses que iban tomando las Islas. En cuyo tiempo calamitoso, se vió lucir y sobresalir la lealtad de los frailes Agustinos, peleando unos en Bulacán, otros fundiendo cañones en Bacolor, *otros haciendo pólvora en los montes de San Miguel, entre los cuales estuve yo cinco meses con el P. Fr. Eugenio Garrido*. Otros buscando y trayendo arroz y bacas (sic) para la tropa, y otros ayudando con lo que podían y sabían; por todo lo cual padecimos mucho, porque el enemigo Inglés nos declaró traidores, nos embargó el convento de Manila sin dejar un clavo en él; cogió doce frailes graves de esta provincia, y los llevó á Bombain, á Goa, y á Londres, hasta las paces: no habiendo hecho nada de esto con las otras Religiones de estas Filipinas; sino que todo su odio y cólera inglesa era contra nosotros (1).»

(1) Trae el P. María de Castro el párrafo copiado, en la biografía del insigne H. lego agustiniano Fr. Antonio Flores, biografía que por su importancia y por los curiosos datos que contiene vamos á transcribir aquí. Dice así:

«Antonio Flores, extremeño, era gran soldado en Flandes, Italia, Africa y otras partes. Siendo alférez de D. Bernardino de Meneses en la famosa batalla de Lepanto, quedó cautivo de los turcos, que le llevaron á su tierra de Turquía, y allí lo tuvieron veinte años en grandes trabajos y miserias, hasta que pudo escaparse

Ayuntamiento de Madrid



JAPÓN.—Vista de Merorán. *(Pág.* 136)

IV

Firmadas las paces entre España é Inglaterra y devuelta á los españoles, en conformidad con las condiciones de las mismas, la plaza de Manila, pudo el Padre Agustín María descansar por algún tiempo en nuestro convento de dicha ciudad de las fatigas y peligros pasados. Gratísimo le hubiera sido sin duda alguna continuar allí, y reanudar sus interrumpidas investigaciones acerca de la historia de la Provincia, si bien con el sentimiento de notar la falta de importantísimos manuscritos y papeles que con la anterior revuelta habían desaparecido; pero la escasez de obreros evangélicos que se observaba en las provincias Bisa-

---

con su industria y valor grande. Pasó á esta pobre tierra de Filipinas, y por un voto que había hecho á Dios se le llegó el tiempo y tomó la cogulla agustiniana con grande consuelo suyo, en este convento de San Pablo de Manila el año de 1595. Profesó á su tiempo, en manos del Padre prior Fr. Juan Tamayo. Siendo la humildad empleo propio de los Hermanos legos, la mostró siempre nuestro Fr. Antonio en los oficios pertenecientes á su estado, como son los de enfermero, portero, refitolero, limosnero, los cuales sirvió con ejemplo y provecho de su ánima, y aunque ayunaba y mortificaba su carne no por esto menguó el antiguo valor y pericia militar. Alzáronse los chinos de esta tierra, que eran más de veinticinco mil, y querían tomar á esta ciudad de Manila, haciendo muchas y lastimosas hostilidades en todos sus contornos. Pusiéronse en arma no sólo los españoles, sino también los frailes, haciendo la causa común y obligatoria, y no es ésta la primera vez que lo han hecho en Filipinas. Pero quien más sobresalió entre los eclesiásticos y seculares fué este lego valeroso, pues que con una galeota que se armó á cuenta de este convento (y no es la última vez que se ha hecho en servicio del rey) discurrió navegando por el río de Pasig, y con sus emboscadas y estratagemas mató á balazos más de cuatro mil chinos rebeldes: esto fué por Noviembre de 1603. Después el año de 606 lo llevó en su compañía el gobernador y capitán general D. Pedro Bravo de Acuña, á la conquista de Maluco, y habiendo puesto sitio al fuerte y pueblo de Ternate, lo rindieron y ganaron, y después el ejército acometió al enemigo, que estaba atrincherado en otro baluarte, hasta que lo rindieron también. En cuyas acciones se distinguió mucho nuestro buen lego, que con cincuenta famosos piqueros acometió el primero, matando por su mano á muchos, y haciendo retirar al enemigo, hasta quedar señor de toda la fortaleza. Sucedió esta toma á primero de Abril de dicho año, á las dos de la tarde. Volvió triunfante á Manila el dicho señor gobernador, trayendo consigo al rey de Ternate con su familia. Pero nuestro valiente lego se quedó allí con otros dos Religiosos, prosiguiendo la conquista de las Molucas, en servicio de su rey y señor natural, y en obsequio de la obediencia que se lo mandaba. Fuera largo de contar todas sus proezas y facciones: por ellas nos concedió el rey solar y limosnas para fabricar el convento que allí levantó el P. lector Fr. Roque Barrionuevo, en el dicho año de 606: su titular era nuestro gran Padre San Agustín, en la misma ciudad de Ternate, en el cual había cuatro sacerdotes y este dicho lego. Finalmente en una de aquéllas quedó muerto nuestro Fr. Antonio, como buen soldado. Fray Gaspar trae su muerte en la segunda parte, y no hemos de estar al maestro Portillo, Herrera y otros, que lo venden por mártir, porque dicen que predicaba á los moros. Esto tiene el escribir desde lejos. *Melior est vicinus juxta, quam frater procul,* dice el libro de los Proverbios. También tratan de este valiente fraile los doctores Morga y Argensola, Fué su muerte el año de 1622 y en este mismo tiempo nos quitó aquel convento el Obispo de Malaca, para dárselo á los portugueses como sucedió con el convento que esta mi provincia edificó en la ciudad de Macao á costa de muchos afanes, dificultades y gastos, que habiéndolo gozado solos nueve años, vino orden del rey Felipe II, el año de 596, para que lo entregásemos á los portugueses. *Sic vos non vobis, nidificatis aves.* El año de 1640 se volvieron á amotinar los chinos que vivían en Manila, y consiguientemente se alzaron todos los de Filipinas, que serían como cuarenta mil, hicieron grandes hostilidades, y se querían alzar con toda la tierra. En esta aflicción acudieron como siempre todas las Religiones sagradas á favorecer la causa de su rey y señor natural, ayudando todas con su dinero y sus manos propias á matar rebeldes. Esta mi provincia dió para la tropa todo el dinero y todo el arroz y vacas que tenía en sus granjas y estancias; hizo rogativas y sermones en todos sus conventos y parroquias, y no contenta con esto salió el Provincial de á caballo bien armado, con otros frailes valientes, y acompañaron siempre al gobernador D. Sebastián Hurtado, en la vanguardia. El P. Fr. Juan de Sosa, portugués muy valiente, era misionero, y luego por orden del provincial Fr. Juan Ramírez bajó de los montes con tres mil sambales flecheros, y capitaneados de su ministro, hicieron una gran matanza en los chinos alzados. Pero quien más se distinguió en esta campaña fué el H. lego Fr. Diego Herrera, capitán de caballos españoles, el cual quedó muerto en la última batalla, en una barranca de el pueblo de Antipolo, provincia de Tondo, con otros españoles que no pudieron escapar. Véase á Fr. Gaspar, 2.ª parte.

«Muchos casos de estos pudiera yo escribir aquí si ésta fuese historia ó crónica, los cuales están auténticos y formalizados por los escribanos y cabos militares de el ejército de Filipinas, en este nuestro Archivo de Manila, pero afecto la brevedad, y sólo apuntaré algunos de nuestros tiempos. Digo, pues, que en tiempo de el gobernador D. Pedro Manuel de Arandia, fabricó esta mi provincia á su costa la galera intitulada *San Agustín,* la cual costó seis mil trescientos setenta y nueve pesos y un tomín, como consta en el libro de gasto, y se la endonó al rey para resistir á los moros que infestaban estos reinos. Asimismo endonó al rey una balandra llamada el *Santo Niño,* cuya fábrica le costó á mi Provincia tres mil doscientos noventa y ocho pesos, la cual sirve de andar á corso y transportar víveres á los presidios reales. Item el año 1762... (sigue el párrafo inserto en el texto).

«Omito en esta materia muchas cosas, porque ya salió relación auténtica de todo ello, y porque no es tiempo éste de ponderar servicios, sino para que sepa el lector que esta mi provincia de Filipinas es muy exacta y escrupulosa en el cumplimiento de sus obligaciones. Y entre ellas tiene y ha tenido siempre por muy principal, el socorrer al rey y á la patria en casos de aprieto y necesidad. Véase este punto en Villarroel, «Gobierno pacífico,» tomo 2, ques. 48, artículo 5. Otros muchos servicios verás en mi libro intitulado así: «Historia del insigne convento de San Pablo «de Manila.»

Ayuntamiento de Madrid

BOSQUE DE PALMERAS EN ORIHUELA Y COSECHA DE SU SABROSO FRUTO

Ayuntamiento de Madrid

yas obligó á los Superiores á enviar á nuestro Religioso á aquellas islas (1), con el objeto de que ayudase á los que allí se encontraban trabajando en la evangelización de sus habitantes.

Recuerdos del Catolicismo en el Tonkin

X

Gialong y Minh-mang y principio de las grandes persecuciones

El vicario apostólico del Tonkín Oriental era el ilustrísimo Delgado. Nombrado obispo de Mellipotamia y coadjutor del Ilmo. Feliciano Abongo el día 11 de Febrero de 1794, fué colocado al frente de la Misión el año 1799. En el decurso del mismo año eligió coadjutor al Ilmo. Henares, nombrándole obispo de Fesseinten.

Ambos Obispos dieron á la Iglesia del Tonkín los mayores ejemplos de longevidad y glorias apostólicas de cuantos recuérdanse en períodos semejantes. Más de medio siglo duró su celosísimo apostolado al frente de una Misión la más penosa del mundo; rodeados frecuentemente de bárbaras persecuciones y luchando siempre, hízolos más grandes á los ojos de los hombres, más santos á los de Dios el martirio que coronó sus heroicos trabajos. Juntos llegaron al Tonkín y juntos partieron para el cielo con pocos días de diferencia. No se separaron nunca: durante su vida mortal uniólos la misma Regla y el mismo fin, y unidos y con igual valor murieron por la misma fe, como relataremos en el decurso de esta memoria.

—

La nueva dinastía de los Nguyen acababa de conquistar el trono á los Le y de reunir bajo su dominio todo el Annam (Cochinchina y Tonkín). Su jefe, Giabong, debía su triunfo definitivo á un obispo francés, el vicario apostólico de la Cochinchina, Ilmo. Pigneaux de Behaine, que fué á París en demanda de socorro para el Príncipe fugitivo, y concluyó el tratado de 1787, que fué el primer paso dado por Francia para la conquista de la Indochina.

Durante su reinado, que prolongóse hasta 1820, Giabong mostróse menos favorable á los misioneros y al Catolicismo de lo que fundadamente se esperaba, pues á ello le obligaba el reconocimiento: sin embargo, nunca fué perseguidor.

Su hijo y sucesor Minh-mang, siguió conducta tan opuesta á la del padre, que ha pasado á la historia con el nombre de Nerón annamita. Temía y aborrecía á los europeos, y desde los comienzos de su reinado manifestó claramente sus sentimientos.

Recibió muy mal una embajada inglesa, que presidida por Juan Crawford envióle el gobernador general de Bengala. Los oficiales franceses, á cuyo valor y habilidad su padre debía el trono, no fueron mejor recibidos. M. Chaigneau, uno de los más distinguidos, había regresado á Francia el año 1819. En 1821 salió otra vez para Hue con los títulos de embajador de Francia cerca del rey de Cochinchina, cónsul y enviado regio para la conclusión de un tratado comercial.

Llevaba además de múltiples regalos una carta de Luis XVIII al rey de Annam: no pudo llevar á feliz término ninguna de sus negociaciones, y el mandarín de relaciones extranjeras escribió una carta al ministro de Marina de Francia, en cada una de cuyas letras veíase su deseo de no tener relación alguna con dicha nación.

«Las fronteras del reino de Annam, decía, hállanse al extremo del Mediodía, y las de Francia al extremo Occidente; separan los límites de ambos Estados muchos mares y muchos millares de leguas. Los habitantes de nuestro país podrían rara vez visitar el vuestro... Si vuestros compatriotas desean comerciar en nuestro reino, confórmense como es razonable con las leyes establecidas: sin embargo, cortas serán sus ganancias, pues este país es muy pobre.»

En 1824 M. Coursan de la Ville-Helio, comandante del *Cleopatre,* ancló en Turane, y el Rey no quiso recibirle. En 1825 MM. Chaigneau y Vaunier, últimos supervivientes de los compañeros del Obispo de Adran, viéndose próximos á perecer víctimas de la envidia de los mandarines y de la cólera del Príncipe, debieron regresar á Francia abandonando el Annam, que amaban como á su segunda patria.

—

Pasado algún tiempo el capitán Bougainville, comandante de la *Thetis,* ancló en el puerto de Tourane: era portador de una carta de Carlos X. Minh-mang limitóse á remitirle algunos regalos, á ordenar á los mandarines que si desembarcaba le tratasen con distinción, pero rehusó recibir la carta del Rey de Francia, pretextando que «aquella carta estaba escrita en francés, y en su corte nadie podría traducírsela.»

Análoga conducta observaba con los misioneros: muchos de sus cortesanos empujábanle á seguir por este camino.

Un día uno de éstos recordóle el ejemplo de los príncipes japoneses, que á fuerza de suplicios habían destruido el Catolicismo.

—Dejadme obrar, contestó el Rey. Tengo mi plan, que es mucho mejor.

Pronto fué conocido de todos. Consistía en dos actos principales: cerrar por completo la entrada del Annam á nuevos misioneros, y llamar á la corte á los que hallábanse en el reino, para impedirles desempeñar su santo ministerio.

(1) El grupo de las Bisayas lo forman una porción de islas comprendidas entre el S. de Luzón y el N. de Mindanao: su principal extensión está entre los grados 10 y 12 de latitud N. Son la principales: Panay, Negros, Cebú, Leyte, Samar y Bohol. Aunque el dioma es sustancialmente el mismo en todas ellas, son sin embargo muy notables las variantes que ofrece en cada una, sobre todo el Bisaya-Panayano y el Bisaya-Cebuano. En la misma isla de Panay existen dos diversas formas del único dialecto: llamándose *hiligayno* al que hablan los pueblos de Iloiloro, Jaro, Molo, Mandurriao, Arévalo y varios otros playeros de la parte Norte, el cual es más culto y armonioso; y *harayo,* á la variedad más tosca y dura usual en los pueblos del interior. Las obras clásicas escritas en *hiligayno,* son principalmente las del insigne P. José Alvarez, agustino; y en *harayo,* varias de las del P. Hilario Santarén, de la misma Orden.

Ayuntamiento de Madrid

El Rey abrigaba la convicción de que presos los pastores se dispersaría el rebaño.

Al contrario de lo que creía Minh-mang, su plan no era de éxito seguro: afirmaba con sobrada ligereza que los predicadores del Evangelio no podrían ó no se atreverían á penetrar en su reino. La indolencia de los annamitas no puede luchar ventajosamente contra el celo que alienta las almas de los sacerdotes católicos. Cuando en una parte del país se verán cohibidos ó aprisionados, renovarán en otra sus esfuerzos santos, que verán coronados por más lisonjero éxito.

—

La venalidad de los mandarines, algo más deseosos de ganar dinero que de satisfacer su cólera, era factor muy digno de ser tenido en cuenta. Dejándoles á ellos fijar el precio, los misioneros tenían completa seguridad de que á lo menos alguna vez los guardias de costas y puertos cerrarían los ojos. Además, si los europeos hubieran llegado á faltar, los sacerdotes indígenas eran bastante numerosos é instruidos para impedir la total ruina de la Iglesia del Tonkín. Cual cae un castillo de naipes al leve soplo del viento, cayó ó fracasó el célebre plan que concibiera Minh-mang. En sus proyectos los perseguidores del Catolicismo olvidan siempre, sin duda por desconocer su valer ó considerarlo de poca importancia, un factor: la fe, que quiere y busca antes que todo la salvación de las almas, y que para obtenerla lanza el oro sin contarlo, desafía los peligros y se ríe de la muerte.

El edicto de persecución publicóse el día 6 de Enero de 1833. Terminaba con estas palabras:

«A partir de esta fecha, si alguien profesa ó es acusado de profesar estos abominables ritos (los cristianos), será castigado rigurosamente para lograr destruir esta Religión hasta sus más hondas raíces.»

—

Al hacerse públicas estas disposiciones, «la tierra pareció temblar bajo los piés de los cristianos, escribía M. Retord; iglesias, presbiterados y colegios desaparecieron: todo fué cuidadosamente escondido, en espera de días mejores que permitieran mostrarlo á la luz del sol.»

Los misioneros buscaron para esconderse los sitios más pobres, más profundos, más solitarios.

«Gran satisfacción causóme, escribía el Ilmo. Delgado á un sacerdote francés del Tonkín Occidental, vuestra amable carta que recibí en mi acostumbrado domicilio, donde hace largos meses debo permanecer escondido, á causa de los peligros que día y noche nos amenazan: solamente los sacerdotes indígenas pueden visitar parcialmente su distrito usando de gran prudencia y precaución. Los europeos en este vicariato no podemos salir sin exponernos al inminente peligro de caer en manos de nuestros enemigos, que, movidos más por amor al dinero que por odio á la Religión, registran cuidadosamente aun el interior de las casas, buscando apoderarse de algún europeo.

«Fácil os será comprender la singular alegría que causó la lectura de vuestra carta á este pobre amigo, viejo y enfermizo, que para evitar más grandes males resta encerrado en voluntaria prisión, donde ejerce como puede los deberes de su cargo, esperando con vivo anhelo la paz y la tranquilidad de este desgraciado reino. No habrá paz en tanto reine la injusticia que hoy impera sin trabas, pues según la palabra de Dios la injusticia hace desgraciadas las naciones.»

—

El primer mártir que pagó con su vida la obediencia de los mandarines al edicto de Minh-mang, fué un sacerdote hijo del Tonkín, el P. Pedro Tuy:

Fué á administrar los últimos Sacramentos á un enfermo del pueblo de Thanh-Trai, donde vivían un corto número de cristianos esparcidos en medio de los infieles: cayó en poder de los agentes, que le condujeron en presencia del mandarín. Procuróse rescatarlo, pero el subprefecto exigió que el sacerdote declarara que era médico.

El P. Tuy negóse á mentir, y fué trasladado á la capital de provincia.

Sin hacer caso de sus sesenta años, sometiéronle al suplicio de la argolla y encerráronle en la cárcel.

Algunos días después el prefecto resolvió interrogarle.

—¿Eres sacerdote cristiano?

—Sí, soy sacerdote cristiano.

—¿Eres jefe religioso?

—Soy jefe religioso, pero existen otros superiores á mí.

—Escúchame, cuantos te aman te compadecen; nadie, ni aun nosotros, desea condenarte á muerte: declara, pues, por escrito que eres médico, y podré salvarte: ¿no temes la muerte?

—No la temo, y sea como fuere poco importa: todo el mundo debe morir; unos mueren dulcemente tendidos en el lecho, otros devorados por un tigre ó pasto de peces, traspasados por una lanza, decapitados, hechos pedazos, pero siempre es forzoso morir, ¿por qué, pues, temería la muerte?

Condujéronlo otra vez á la prisión, donde permaneció tres meses, amado de todos, mandarines, soldados y presos.

—¡Ah! decían éstos, encarcelar y tratar como malvado á un hombre tan amable y virtuoso ¿no es un crimen?

Interrogado repetidas veces, conociendo la buena voluntad de aquel mandarín á quien repugnaba atormentar á un anciano, persistía en decir que era sacerdote.

Los magistrados dieron cuenta de su arresto al Consejo Real.

Su benévola conducta hacía esperar que algunas barras de plata bastarían para obtener la libertad del cautivo, esperanza tanto más fundada cuanto las leyes annamitas prohiben dar muerte á aquel cuya edad pase de sesenta años.

Contento el Rey, pues hallaba ocasión de saciar su rabia contra el nombre cristiano, el día 10 de Octubre contestó al comunicado de los mandarines, diciendo:

«Tuy ha declarado ser sacerdote y enseñar al pueblo el Catolicismo; debe, pues, ser decapitado.»

—

Al despuntar la aurora del 11 de Octubre fué el valiente sacerdote católico conducido al suplicio. Cual si fuese á hermosa fiesta, marchaba con tan alegre y ri-

Ayuntamiento de Madrid

sueño semblante, que mandarines, soldados y la multitud inmensa afirmaban no haber visto á nadie marchar á la muerte con tanto valor.

En el mercado de Quan-Ban, lugar designado para la ejecución, un cristiano tendió dos esteras, sobre las cuales debía arrodillarse el sacerdote.

De súbito densas nubes cubrieron el sol, y los asistentes admirados preguntaban:

—¿Tendrá ese hombre algo de divino que se oscurece el cielo?

—Hijo mío, dijo el mártir al cristiano Bernardo Thu, indícame el Oriente.

El fiel lo señaló con un gesto, y el P. Tuy arrodillóse de cara á este lado.

Bernardo pidió dejasen al sacerdote rezar su oración.

—Sí, contestó el mandarín, tú cuidarás de avisarme cuando haya terminado.

Luego ofreció al P. Tuy las monedas que según antigua tradición regala el Rey á los condenados para comprar algo para comer ó beber. Rehusólas el confesor, y continuó su oración, que duró largo tiempo.

Terminada ésta, Bernardo Thu arrodillóse, diciendo:

—Padre, yo os saludo. Vos tenéis la dicha de ir á gozar de la felicidad tan largo tiempo deseada. Yo que quedo en este valle de lágrimas, suplico al Padre se acuerde de mí.

—Hijo mío, contestó el mártir, ten valor y serás recompensado.

Cuatro veces arrodillóse el cristiano, y cuatro veces contestóle el Padre las mismas palabras; después añadió:

—Todo está dispuesto.

Sonaron los platillos, y un soldado cortó la cabeza al P. Tuy.

(Continuará).

Un Verano en el Japón Boreal

JAPONESES Y AINOS EN LA ISLA DE YESO (HOKKAIDO)

POR EL P. MIGUEL RIBAUD, DE LA SOCIEDAD DE MISIONES EXTRANJERAS, MISIONERO DE LA DIÓCESIS DE HAKODATÉ

(Continuación)

5 Junio.

A las seis de la mañana deteníase un *basha* frente la puerta de la casa en que habíamos residido. Llámase *basha* en japonés á un carruaje arrastrado por dos caballos que por servir para el traslado de viajeros despierta acto seguido el recuerdo de la diligencia. Para ser verídico es preciso afirmar que estas diligencias distan mucho de poseer todas las comodidades con que durante la última mitad de este siglo han sido dotadas las de Europa. El Japón, que por tantos conceptos puede enorgullecerse de sus asombrosos progresos, no puede mostrarse en este punto á la altura que sería de desear. Es esta diligencia una especie de caja con cuatro ruedas generalmente dislocadas, sobre la cual adáptase mediante círculos un toldo que protege al viajero contra la intemperie. Tan estrecha es la caja, tan cercanos los banquillos, que es imposible sentarse uno frente de otro si no quiere ensayarse penosa gimnástica y sostenerse en cómica posición.

Al subir nosotros dos personas ocupaban el fondo apoyadas en el asiento del cochero. Afortunadamente la diligencia no se llenó. Cuidando de sentarse oblícuamente, sirviéndose del estrecho banquillo como de punto de apoyo, y colocando un pie en la parte opuesta, lógrase la estabilidad necesaria para afrontar los terribles vaivenes de aquel vehículo primitivo.

El año último el gobernador ordenó á las Compañías de *basha* que mejoraran los coches y construyeran otros nuevos, enriquecidos con todos los adelantos del *confort* inglés y según modelo europeo. Para que con mayor facilidad pudieran realizar la orden permitióles aumentar el precio del pasaje. Aumentáronse los precios, pero las feas cuanto estrechas cajas continúan siendo las mismas. Viajeros, cocheros, empleados de la Compañía, nadie recuerda que deben ser mejorados.

—

El incómodo carruaje púsose en marcha. Delante de los caballos para hacer apartar los transeúntes corría un *betto*, especie de *grom*, pobre muchacho de trece años, descubierta la cabeza, descalzo, vestido con ajustado traje remendado y grasiento. Es ligero como el viento, corredor como el gamo. El cochero, velando también por la pública seguridad, lleva una trompeta que toca cada momento, sin ritmo, armonía ni razón que á ello le obligue: las penetrantes y destempladas notas óyense una legua á la redonda. Con tanta precaución compréndese fácilmente que pueda marcharse á brida tendida aun por entre las más concurridas calles de la población, que son las que pasamos. Y nosotros saltando como pelotas sobre los duros banquillos.

Fresca era la mañana. Nuestros compañeros de viaje envolviéronse estrechamente con sus abrigos, recordando las momias egipcias. La señora cubría su cabeza con chal azul; sólo los ojos quedaban descubiertos, y su extraña figura traía á la memoria las mujeres del Cairo.

—

Fuera de la ciudad seguimos la carretera que corre por la roca viva á lo largo de la bahía del puerto. El camino es pésimo. Probablemente nunca había recibido la menor reparación: baches profundos, hoyos que cavaron las lluvias, todo complácese en hacer dar al indescriptible vehículo que sufrimos saltos violentos que nos lanzan unos contra otros.

Por un ángulo levantado del toldo que nos envuelve gozamos de un paisaje encantador: á un lado la bahía azul de juguetonas olas; al opuesto, sobre una colina que baña la luz y besan las olas, vese un pueblo casi escondido por los altos árboles que le rodean. Es *Kiu-Meroran* (viejo Meroran), la ciudad antigua, vivienda de pescadores, pues el Meroran que acabamos de dejar es la ciudad nueva, la obra de la actividad japonesa.

El camino pasa en este momento bajo un arco de rocas abierto á fuerza de barrenos y picota. Un esfuerzo más y llegaremos á la estación de Etu-rosep, donde tomaremos el tren de las ocho dirigiéndonos á Sopporo.

Ayuntamiento de Madrid

Dejamos á la izquierda un gran embarcadero construido sobre estacas, donde llevan grandes cantidades de hulla. Almadías enormes espéranla, y una multitud de obreros negros la cargan cantando. La vía férrea llega hasta la bahía para transportar el carbón. Seguimos algún tiempo al largo de la misma y al lado de los hermosos tinglados de las mercancías.

Nuestros caballos sintiendo la proximidad de abundante pienso, y excitados por los gritos y trompetazos del cochero, corren á todo correr por los arrabales, con peligro de destrozar el vehículo.

Maltrechos y adoloridos por fin llegamos á la estación.

—

Es la estación un edificio construido con planchas de hierro y cuyo interior está dividido en varias dependencias: á la derecha el despacho de billetes y á su lado el de mercancías; á la izquierda dos salas de espera de reducidas dimensiones, una para las terceras, otra para primeras y segundas. En la gran sala central bancos alineados, las paredes cubiertas de anuncios, cuadros de vivos colores, cartas indicando los múltiples ramificaciones de la línea, es decir, todo á corta diferencia como en nuestras estaciones pequeñas.

Son las siete y media, y el tren de Sopporo sale á las ocho. La estación está llena. Vese en ella abigarrada muchedumbre charlando y riendo. Entre los holgados trajes propios de las pagodas, los cinturones atados formando elegantes adornos, los zuecos y el conjunto multiculor de los trajes japoneses obsérvanse muchas costumbres europeas incompletas, mal copiadas, pero que usan ó emplean con grave continente.

Es preciso tomar billetes: hasta Sopporo para su ilustrísima, hasta Noboribetsu para mí. Llegar á la taquilla va á ser un trabajo digno de Hércules. Los «dantos» (dependientes de hotel), esta raza, cuyos vestidos caracterízanse por los grandes círculos de colores que ostentan en la espalda, raza que se halla por todas partes, lo había invadido... tomaban los billetes de sus huéspedes, y no acertaban á hacerlo sin grandes altercados, gritos, alborotos... ¡y qué asombrosa habilidad la suya para deslizarse por debajo la barrera ó para saltar por encima!... ¡qué habilidad para jugar los codos y decir á los pacíficos viajeros que puestos en fila aguardan su turno: ¡Sepárate de aquí, que entro yo!

Por fin sentámonos en un vagón de forma americana y el tren partió.

—

Alejámonos del mar. A ambos lados de la líneas extiéndese el pueblo de *Tonden-hei* (soldados que cultivan la tierra). Estas casas de madera, construidas todas según igual modelo, distantes unas de otras y esparcidas entre bien cultivados campos, desfilan rápidamente.

Forman el ejército colonial las antiguas familias *Phizoku* (nobles), que sumidas en profunda miseria el año 1868, año en que las cosas del Japón sufrieron un cambio profundo, fueron enviadas por cuenta del Gobierno á trabajar la tierra y constituir el ejército de reserva en el Yeso. Cultivan la tierra que les cedieron, y de vez en cuando hacen el ejercicio. Cada familia debe proporcionar un soldado al ejército permanente. Los demás hijos están exentos del servicio militar, privilegio cuyo único fin es multiplicar los brazos para trabajar las tierras en esta comarca. (*V. el grabado de la pág.* 129).

Japón.—Vista del volcán de Noboribetsu en la isla de Yeso

—

Al cruzar rápidamente contemplamos hermosos campos de maíz, mijo, patatas, muy bien cultivados y que anuncia abundante cosecha.

Horobetsu, pueblo donde el tren detiene breves momentos su marcha, es mitad japonés y mitad aino. Las casas japonesas vense alineadas y distribuidas ordenadamente. Es una ciudad en embrión, en tanto que las casas ainas se ven dispersas, sin orden alguno: llama verdaderamente la atención el contraste que ofrecen las obras del hombre que raciocina y las del que hace las cosas sin meditarlas.

Continuamos á lo largo de la costa sembrada de pueblos ainos, siempre á la vista del mar.

Contemplábamos gustosos el panorama cuando la niebla monótona, densa, rodeónos de súbito, y aquellos alegres pueblos que distintamente veíamos descansar tranquilos en llanuras y colinas vestidas de verdor quedan vagos, sin contornos, confundidos en la inmensa nota gris.

Pronto llegamos á Noboribetsu: bajé, y el Ilmo. Berlios continuó solo su viaje hasta Sopporo.

IV

Noboribetsu.—El volcán

Noboribetsu es una estación de escasísima importancia, distante un cuarto de hora del pueblo del mismo nombre.

Ayuntamiento de Madrid

Lo primero que veo al salir de la estación es un grupo de caballos en libertad. A corta distancia el conductor espera á los viajeros que dirígense á las aguas termales que manan á dos leguas de distancia, en las montañas del Este.

—¿Encontraré una silla europea? pregunto.

—Sí, pero en el pueblo.

Emprendí á pie el camino hacia al pueblo, y entonces los caballos huyeron á todo correr, precedidos ó seguidos de un hermoso potro que lanza coces y salta ligero... Momentos después esas pálidas sombras perdidas en la niebla habían desaparecido...

Al llegar al pueblo los caballos estaban ensillados. Acepto una taza de té que ofreciéronme con singular amabilidad, y acto seguido emprendimos la marcha á través de este desconocido país, marchando el guía delante de mí.

—

Pasadas las pocas viviendas silenciosas de Noboriletsu, entramos en la soledad, la soledad particularmente conmovedora de la naturaleza virgen, de sus inmensas sábanas, de sus gigantes bosques. Poco tarda el camino en dirigirse á través de los montes, pequeñas colinas que debemos subir y bajar.

Menos densa la niebla, se ensancha el horizonte y permítenos contemplar los alrededores. A ambos lados del camino elévanse majestuosos impenetrables bosques, cuyos altos árboles parecen hundir en el cielo su follaje sombrío... Numerosos *katsura,* árboles desconocidos en mi patria, elevan en estos bosques seculares su triple ó cuádruple tronco imitando la forma de los brazos de un candelabro. Las *nora* (encinas) siempre verdes, de espesa cabellera, los *tuki (nardesnia japonica)* de hojas anchas como las del acuático nenúfar, y los grandes helechos dentellados extienden sus ramas delgadas y largas, sembrando de flores los márgenes del camino.

La niebla ha casi totalmente desaparecido. Brillantes resplandores cual los de la aurora aparecen coronando las siluetas de las montañas que limitan el horizonte: son una nota alegre perdida en estas soledades henchidas de profunda melancolía.

Corre el camino á lo largo de un barranco. Delante de nosotros yérguese alta montaña. Un rayo de viva luz baña su cima, en tanto que sus vertientes, cubiertas por espesos bosques cuyos árboles enlazan su ramaje, restan sumidas en la sombra, negra y lúgubre. Corren por ellas los venados, hace su guarida el oso y pululan sin miedo las serpientes. Experiméntase indefinible impresión al cruzar estas desconocidas soledades. El alma se llena de admiración no exenta de temor.

Habíamos casi descendido al fondo del barranco siguiendo los rodeos del camino. Otro galope y llegamos á la estación balnearia, construida al fondo de largo valle, al lado de un riachuelo de agua caliente, humeante, á orillas del cual levántanse algunas casitas para los bañistas.

—

La construcción del hotel hízose siguiendo el gusto japonés. Cuenta con quince aposentos á disposición de los viajeros. Vésele coquetuelo rodeado de un marco de verdura. Ante él una llanura cubierta de blancas piedras, después algunos árboles de aspecto cansado, enrojecidos por las emanaciones mefíticas del arroyo que danles prematuramente el aspecto triste propio de los últimos días del otoño. En la orilla derecha del humeante riachuelo, vese una puerta por la cual sube un camino que conduce á una capilla adornada de grandes ramos de azalaes, flores tan notables en el Yeso como en Francia.

—

A las primeras horas de la tarde llega al hotel un grupo de bañistas. Curioso es el espectaculo. Seis caballos esperan en la plaza. Sobre ellos formando elevado montón el equipaje, y sobre éste á gran altura vense sentados los viajeros envueltos en extrañas mantas: una anciana de respetable aspecto, que probablemente sería la abuela, una señora joven con un niño en la espalda: la diminuta cabeza del bebé sale risueña entre las ropas que la cubren: á poca distancia otra familia, gente de rudo aspecto. Hace ya algunos momentos que se detuvieron frente del hotel, y ni intentan bajar de sus elevados asientos. Esperan los dependientes.

Llegan éstos, toman los viajeros sobre sus espaldas y riendo los trasladan á la galería.

—

Necesario es aprovechar la tarde para visitar el volcán y las solfurarias, curioso espectáculo del cual me habían hecho variadas relaciones.

Andamos un kilómetro á lo largo del torrente de agua blanquecina y humeante. Sigue un desfiladero estrecho, pintoresco, cuyas inclinadas paredes están cubiertas de copudos árboles. Colgadas de sus troncos, lianas gigantescas se retuercen, entrelazan y ahogan. Otras rodean caidos gigantes de la selva, y sírvense de ellos para subir más alto. Lo mismo que en el mundo hacen los hombres.

Encantador es el camino, y á pesar de las insanas emanaciones del torrente, adórnanlo hermosas flores que acaban de nacer, el loto ostentando sus pétalos de dorado amarillo, el rosal silvestre y algunas campanillas que tímidas pendían de las delgadas ramas.

—

Adelantábamos en el camino, y cada paso percibíamos con mayor claridad los rumores que oídos vagamente desde el hotel parecían *crescendo* de mágica orquesta. Oíanse cual el fragor de lejano combate, cual el ruido fiero de horrible tempestad, cual el ensordecedor embate de las embravecidas olas al romper empujadas por el huracán contra las inconmovibles rocas de la playa. Habíamos llegado. Nos encontramos sobre el volcán en actividad.

Escena grandiosa. Del seno de un círculo inmenso, rodeado de rojizas y calcinadas rocas, levántanse sublimes en mil distintas direcciones columnas de humo que piérdense en la región del aire formando fantásticas nubes, en tanto que las aguas hirvientes que lo producen lánzanse fuera de la tierra con el traqueteo horri-

Ayuntamiento de Madrid

ble de cien máquinas de vapor, pero con muchísimo más ruido, con más fuerza, con un golpear indescriptible, infernal. (*Véase la pág.* 137).

A la derecha, rodeando espantosa mole, vense esparcidos grandes montones de residuos de color amarillo sulfúreo, cruzado por líneas rojo oscuro. Son escorias ferruginosas al lado de los cuales extiéndese la lava embadurnada de ocre, gris ó verde. Vense también crecido número de largos agujeros de contornos limpios, angulosos, cubiertos del más puro azufre, por donde salen violentos chorros de agua.

Casi al centro del círculo yérgese á gran altura una aguja de rocas, horrible por su desnudez. De su lado nace abundante columna de vapor.

—

Llegamos á un lugar desde donde domínase el abismo, cuyo horror aumenta el vértigo con que precipítanse á su sima las vaporosas nubes.

A la izquierda, subiendo breves pasos, hállase alguna vegetación mezquina, agonizante: pequeños arbustos de quemadas hojas, hierbas amarillentas; un grupo de árboles, que murieron de asfixia cuando con más fuerza empezaban á crecer, elevan al cielo sus desnudos brazos. Llegados á la cima corónala nuevo cráter más grande que el anterior: abruptas paredes rodean un lago de agua negra, espesa, de metálicos reflejos y en constante ebullición.

¡Cuadro de general desolación el que desde esta cima se descubre! ¡Espectáculo á la vez horrible y grandioso, que enseña al hombre el poder de la naturaleza! Oyese sin cesar el ruido constante de subterráneos truenos; levántanse hirvientes remolinos; movedizas columnas de vapor lamen las viejas rocas del cráter, densas nubes enrarecen la atmósfera: todo contribuye á que el espectador se crea transportado á la región descrita por el Dante, á aquel lugar «que ruge como mar tempestuoso al que combaten contrarios vientos y donde sopla eternamente el infernal huracán cuyos torbellinos arrastran las almas...»

(Se continuará).

VARIEDADES

El óculo divino

Leyenda maravillosa

En una de mis frecuentes visitas á una señora amiga mía, hablamos sobre esos dramas domésticos que pasan desapercibidos para la sociedad, á pesar de que en su acción figuran personas y objetos de todos conocidos.

—¿Cómo puede V. sospechar, amigo mío, que esa pequeña escultura que ve V. allí haya sido testigo de una escena dramática, y protagonista á la vez de un suceso milagroso? dijo la señora de la casa, señalando á una imagen de Cristo crucificado, que bajo un doselete gótico adornaba una de las paredes de la estancia.

La escultura á quien aludían estas palabras, era una verdadera obra de arte y fruto sin duda de una afortunada inspiración artística. Tenía en sus facciones una expresión de profunda tristeza, una ternura espontánea y natural, y tal delicadeza en sus formas, que hubieran honrado al gran Giotto.

Excitada mi curiosidad por el interés que inspira toda obra artística que va envuelta en una tradición milagrosa, supliqué á mi amiga me hiciera conocer la historia del suceso milagroso, en el que había tomado parte aquella preciosa imágen.

Accedió gustosa á satisfacer mi curiosidad, para cuyo objeto salió de la estancia en basca del manuscrito, en el que se relataba tan memorable suceso, volviendo al poco rato con un viejo pergamino en la mano.

—Oid, pues, esta historia, que parece un cuento, pero no lo es; dijo la señora, y leyó lo siguiente:

Era el año 1236, de feliz memoria para las armas cristianas. El culto de la cruz se había celebrado por primera vez en la mezquita cordobesa, purificada por el arzobispo D. Rodrigo, y el rey de Castilla y de León D. Fernando III, descansó de sus fatigas campales en el mismo palacio que Abderramán construyera tres siglos antes.

Por aquel entonces, dos insurrecciones estallaron contra las huestes africanas; una en Valencia, de la que se aprovechó muy luego don Jaime I de Aragón para la conquista de este reino y el de las Baleares, y la otra en Granada, que hizo buscar un asilo en campo cristiano al destronado Aben-Said.

En esta época vivía en Huesca un noble hidalgo llamado D. Alvaro Ainsa, honrado y temeroso de Dios, pero huérfano y pobre.

Desde niño vivió en compañía de su tía D.ª Blanca Ainsa y de Celia, la hija de ésta. Celia era una de esas mujeres extraordinarias en las que la naturaleza se complace en reunir todas las bellezas juntas, una de esas apariciones maravillosas que fascinan y exaltan el alma, uno de esos meteoros vivos que cruzan el horizonte de nuestra imaginación deslumbrando nuestros ojos. Su belleza material era un espejo de su belleza moral, porque tenía un alma tierna, dulce, apasionada, y con una sensibilidad tan exquisita, que casi era una enfermedad en ella.

Alvaro amaba á Celia con ese amor intenso y profundo que empieza en la infancia y concluye fundiendo dos existencias en una sola, para remontarse hasta la vida eterna del cielo. Celia era para Alvaro el ideal soñado por su imaginación exaltada, era la belleza revestida con todos los encantos que la fantasía delirante pudo crear en su alma varonil y joven.

Este amor que sentía por Celia y el deseo de hacerla su esposa, hicieron brotar en el corazón de Alvaro la ambición de gloria y de riqueza, para ofrecerle con su nombre lo que hasta entonces no tenía, un castillo con feudos, pajes y escuderos, que pudiera rivalizar con los que poseían los ricos hombres más ilustres de Aragón.

Ayuntamiento de Madrid

Por eso, al tener noticia Alvaro del moviento belicoso que se estaba efectuando en Aragón y Castilla, contra los agarenos de Andalucía y Valencia, sin guardar para sí más que su armadura, su espada y su caballo, se dispuso para reunirse á las huestes del rey don Jaime.

La despedida fué dolorosa y tierna; D.ª Blanca y Celia le abrazaron anegadas en lágrimas, y él, aunque conmovido profundamente, les dijo con valor:

—No lloréis, volveré con la ayuda de Dios; pero antes de partir debo entregaros todo lo que poseo, pero especialmente esta preciosa imágen, último recuerdo de mi madre, pues no debo exponerla á los azares de la guerra; hasta ahora siempre ha estado sobre la cabecera de mi lecho. Quizá el cariño y devoción que hemos tenido siempre á esta santa imágen, hará que Dios se acuerde de nosotros; tened confianza, y orad ante ella sin cesar por mí á fin de que el cielo me conceda pronto y feliz regreso.

—Así lo haremos, mi querido Alvaro; contestó sollozando la desconsolada Celia, oprimiendo dulcemente la imágen santa contra su corazón.

Confundiéronse los tres en un abrazo, y el noble caballero, seguido de un escudero, marchó para los campos de Valencia.

. . . . . .

. . . . . .

Transcurrió el tiempo. Don Alvaro Ainsa á la cabeza de un puñado de almogávares, fué uno de los primeros que intentaron penetrar por la brecha al interior de la plaza de Valencia, habiendo pagado con la vida su valeroso atrevimiento.

Celia recibió la noticia de la muerte de su amante, con ese dolor intenso que produce en las almas excesivamente sensibles las grandes catástrofes. Este funesto acontecimiento desvaneció todos los sueños de felicidad que acariciaba desde su infancia. Habiendo desaparecido el constante anhelo de su existencia, el objeto de sus pensamientos, quedaron en el vacío la pasión más ardiente de su corazón y el sentimiento más tierno de su alma. Desde entonces, el mundo era para Celia un sueño, la vida un sufrimiento.

¡Pobre flor, tronchada en su tallo por el vendabal del infortunio antes de haber llegado á exhalar su aroma! ¡Pobre Celia! Deseaba la felicidad en la tierra, ignorando que ésta es como esas neblinas fantásticas que aparecen flotando al caer la tarde en la superficie de los lagos, y que al más leve soplo de la brisa se desvanecen. Esa languidez indecisa que produce el sentimiento y la pena, precursores del abatimiento moral, invadieron el alma de Celia, y el dolor y el llanto marchitaron bien pronto su hermosura.

Quebrantada profundamente su salud, las fuerzas le abandonaron y cayó postrada en el lecho. Agotados pronto los recursos de la ciencia médica, que son siempre impotentes para curar las enfermedades del alma, quedaron á la enferma los consuelos de la Religión, que hicieron renacer en su corazón la fe y la esperanza.

Llegó el momento supremo de recibir de manos del sacerdote el celeste manjar de la Eucaristía. Apenas había penetrado en su abatido espíritu el sacrosanto Pan de los Angeles, sintió en su interior misteriosa transformación, como si su alma renovara potente su virginal esencia, sintió brotar en su corazón la fortaleza inquebrantable de las mártires y el valor admirable de las heroínas; y la santa alegría de la fe y de la esperanza, y la ternura dulcísima del amor divino, inundaron todo su ser, desbordándose al exterior en un torrente de lágrimas que rodaron por sus pálidas mejillas, para caer sobre el almohadón que sostenía su desfallecida cabeza.

Llegó la noche; la enferma sollozaba agonizante en el lecho; su madre lloraba también, y presenciando esta escena de dolor y llanto, veíase la imagen de Cristo que Alvaro dejó al marchar á la guerra.

—¿Quieres que recemos á esa santa imagen, hija mía? dijo D.ª Blanca haciendo un supremo esfuerzo sobre sí misma.

—Estoy tan enferma, madre mía, que no tengo fuerzas para orar; pienso en mi amado muerto, y este pensamiento me desgarra el corazón.

Al concluir estas palabras Celia, como si hubiera sido impulsada por una fuerza sobrenatural, se incorporó por sí sola en el lecho, las lágrimas brotaron de sus ojos y estas palabras de su corazón:

—Imagen sacrosanta del Hijo de Dios, Redentor y Salvador nuestro, oye mi súplica: «Yo he nacido en la ciudad de Huesca, en esta ciudad en la que nunca se ha interrumpido el culto de tu Religión divina. Con nosotros vivía Alvaro, el alma de mi alma, que ha muerto, no ha mucho, en los campos de Valencia combatiendo por la cruz. Señor, te ofrezco mi vida si sanas mi corazón. Cura mi corazón dolorido, y cantaré todo el día con fervor: ¡Gloria al Señor en las alturas!»

Al concluir estas palabras, algo extraordinario debió suceder en el interior de la pobre enferma, porque un rayo de luz pareció reflejarse en sus pupilas, y sus facciones tomaron esa expresión maravillosa y característica que cubría el rostro de los Mártires en presencia del suplicio.

La imagen de Cristo, que hasta entonces presenciaba inmóvil y muda aquella escena dolorosa, desprendióse suavemente de la cruz, y envuelta en una neblina luminosa, adquirió un movimiento pausado y lento. Llegó hasta Celia, inclinóse hacia ella, y apoyando ligeramente una de sus manos sobre el corazón de la enferma é impriendo con dulzura un beso en su frente, desapareció para volver á aparecer de nuevo pendiente de la cruz, inmóvil como antes.

Celia había muerto. ¿Qué digo? el ósculo del Señor le había vuelto á la vida de los amores eternos.

Su madre, que lo había visto todo, cubrió de besos el frío rostro de su hija, cayó de rodillas ante aquella santa imagen de Cristo, y juntando piadosamente las manos, exclamó sollozondo:

—¡Gloria al Señor en las alturas!

. . . . . .

. . . . . .

Al concluir la lectura de tan piadosa tradición, en mis pupilas vacilaba una lágrima; mi cuerpo, involuntariamente se había postrado de hinojos ante aquella preciosa imagen, y mis labios repetían fervorosamente: «¡Gloria al Señor en las alturas!»

P. Claver y B.

Ayuntamiento de Madrid

EL CRUZADO

Leyenda

POR FRANCISCO HERNANDO

(Continuación)

Comienzan con ardor los trabajos del sitio; nobles y vasallos cavan la tierra para hacer trincheras; los príncipes y barones cortan árboles y cargan leña lo mismo que los pecheros, y construyen reductos y fuertes, pelean casi diariamente, y pasan hambre y desafían el calor con imperturbable tranquilidad y santa paciencia, ofreciendo á Dios tales trabajos en expiación de los pecados que habían cometido y para alcanzar la victoria.

Beaumont no cabía en sí de gozo; trabajaba en todo y bendecía á Dios por la transformación que se había verificado en el ejército. «¡Ahora sí que somos cruzados! decía, ahora si que damos muestras de cristianos. Jerusalén caerá, que Dios no niega la victoria á quién pelea con tanta fe como nuestros soldados.»

De todos los trabajos de la guerra no sentía el Barón ninguno tanto como la ausencia de su mujer y de sus hijos. Continuamente pensaba en ellos, y con frecuencia decía á sus amigos: «¡Oh si mi mujer hubiese visto á Belén ó descubriese como yo el Calvario, qué dichosa sería! ¡Su piedad se mostraría aquí en toda su extensión, y de su cristiano corazón brotarían con abundancia los puros sentimientos que encierra!»

Al pensar así estaba el Barón muy lejos de sospechar que Dios había colocado á Inés en aquellos momentos en otro Calvario, y que el cristiano corazón de su esposa se ejercitaba en trabajos y penas, sacando fuerzas de los puros sentimientos que encerraba.

VIII

PRESA, sin su hijo, creyendo perdido á su esposo, destruido el castillo de Beaumont y muertos sus mejores servidores, vióse Inés al llegar á Thiercy en la situación más angustiosa de su vida.

Un día bastó para cambiar por completo su estado, para sacarla de la tranquilidad y reposo en que vivía, y sumirla en un mar de penas y dolores. Pero al reconocer la horrible situación en que se veía, lejos de angustiarse hizo un generoso esfuerzo, y secando sus lágrimas, resignóse á la voluntad del divino Hacedor, que tales angustias le mandaba.

La naturaleza humana luchaba en ella; pero la fe de su alma la sostenía para que no sucumbiera en tan tremendo trance. En los primeros días que pasó en Thiercy conservó la esperanza de que su hijo se hubiera salvado del incendio en brazos de Juana ó de algún otro criado, y suplicó al Conde que por todos los medios posibles lo averiguase. Interesaba á éste demasiado el asunto para que lo olvidara, así que puso en juego todos los medios imaginables, bien para descubrir el cadáver de Juan, que así se llamaba el niño, bien para averiguar su paradero si vivía. Pero todo fué en vano: ni muerto ni vivo se supo más de él, y eso que el señor de Thiercy prometió grandes sumas al que le diera noticias. Supo Inés lo infructuosas que habían sido las pesquisas hechas por la gente del Conde, y per-

Ayuntamiento de Madrid

dió por completo la esperanza. Con este dolor en el alma, unido á la idea de que no volvería á ver á su marido, vivió la pobre largo tiempo.

El Conde ni la molestaba ni apenas la veía. Detenía la con todas las consideraciones debidas en una habitación retirada, pero prohibiéndole toda comunicación, pues andaba arreglando el modo de hacer pasar á su hijo Enrique la baronía de Beaumont, alegando que la había tomado en justa guerra. No le convenía, por lo tanto, que Inés se pusiera de acuerdo con sus vasallos, ni que supieran éstos claramente lo ocurrido, porque había hecho correr por la baronía la voz de que en el asalto é incendio habían muerto todos, á fin de que perdiendo los vasallos la esperanza de recobrar á sus antiguos dueños, recibiesen bien al nuevo.

Convencidos parecía que estaban todos de que no tenían otro remedio que aceptar como señor al hijo del Conde, y éste hallábase más convencido que todos de que nada podría oponerse al logro de sus planes, cuando una tarde, precisamente un mes después del asalto de Beaumont, llegaron al castillo de Thiercy dos monjes y pidieron con insistencia ver al Conde, alegando que tenían que hablarle de asuntos importantes.

No era el señor de Thiercy muy aficionado á la gente de Iglesia, sobre todo á los frailes, porque se tomaban, segun él decía, la libertad de reprenderle por su conducta, y además inculcaban á los vasallos máximas peligrosas para los derechos señoriales, así que siempre procuró hacerles daño, y alejarles de su territorio, y hasta meterse en el suyo y destrozarles las cosechas y ganados, como hizo algunos años antes con los de la abadía de Cleard.

Llamóle, por lo mismo, la atención que se presentaran en su casa; pero suponiendo que podrían traerle alguna carta ó noticia importante, los mandó pasar y salió á recibirlos.

De los dos frailes quedóse uno á la puerta, y diciendo el otro que él solo tenía que hablar al Conde, entró con seguro paso en la estancia donde éste le esperaba.

Apenas le miró el Conde reconoció al Abad de Cleard, y espantado de su audacia, exclamó: «¡Vos aquí! ¿Qué me queréis?»

—Quiero, señor Conde, que me oigáis un momento, y comprenderéis que muy grave debe ser el asunto de que voy á hablaros, cuando me obliga á pisar este recinto.

El venerable anciano dijo estas palabras con tanta dignidad y dulzura que el Conde no se

atrevió á responderle ásperamente, y por más que en su cara demostrase no le interesaba la conferencia, se contuvo y le escuchó.

—Al marchar el barón de Beaumont, dijo el Abad, dejóme encomendados su mujer, sus hijos y sus haciendas como representante de Dios, en cuyas manos los dejaba: en nombre de Dios, en nombre del Barón vengo, pues, señor Conde, á pediros cuenta de lo que habéis hecho.

No se esperaba el Conde tan solemne reclamación, así que al oírla retrocedió dos pasos, y mirando coléricamente al Abad, exclamó:

—Ni tengo que daros cuenta de mi conducta, ni debéis intervenir para nada en mis asuntos. Si el Barón me la pidiera se la daría con la punta de mi espada, pero á vos no os la daré.

—¿Y si Dios os la pidiera? dijo con tranquilo semblante el Abad.

—¡Oh! en cuanto á Dios, ya me las entenderé yo, contestó el Conde con burlona sonrisa.

—Hacéis, mal, señor Conde, en pensar que Dios no os ha de pedir cuenta de vuestras injusticias.

—Eso no os interesa, señor Abad; pero os diré que no ha habido injusticia alguna en lo ocurrido, sino, por el contrario, justicia hecha por mi mano. Los de Beaumont me atacaron, y yo los castigué.

—Ya sé que eso habéis dicho, y eso cree la gente, pero mis noticias son mejores. La provocación partió de vuestro difunto escudero, que acometió á Luis de Armac.

—Os han engañado, Abad; esas son cosas de mis enemigos.

—No, señor Conde; Armac no miente y Armac me lo ha contado.

—¿Cómo he de creeros si Armac murió á mis manos?

—No, Conde, vuestro acero no hizo más que herirle levemente; tan levemente que el paje pudo escaparse del incendio y contarme á las pocas horas lo ocurrido.

—Pues lo ocurrido es que la familia Beaumont pereció, dijo el Conde visiblemente contrariado.

—Eso creí por algún tiempo, pero hoy sé que no es así.

—¿Cómo, también vive el niño? exclamó el Conde.

—Vos debéis saberlo mejor que nadie, puesto que tenéis encerrada en la torre de la izquierda á la familia entera.

—¡Yo! ¡yo! dijo el Conde asombrado; ¡no he visto al niño!

El anciano Abad fijó sobre el Conde sus ojos, examinóle detenidamente como queriendo averiguar la verdad, y al cabo de un momento de reflexión le dijo:

—Os creo, en cuanto al niño; pero tenéis á la madre y á la hija, y vengo á pediros su libertad.

—¿Y quién sois vos para intervenir en mis asuntos? ¿Quién sois vos para querer impedir mi venganza? gritó el Conde airado y colérico.

—Ya os lo he dicho, Conde; mas para ahorrar palabras y no dar lugar á que la cólera os ciegue, añadiré que deseando poner término al escándalo que habéis causado, á la situación en que habéis puesto á la familia de Beaumont,

Ayuntamiento de Madrid

para quitar de vuestra conciencia un peso terrible que si no hoy el día de mañana os atormentará grandemente, he venido á pediros por Dios que deis á la Baronesa la libertad de que la habéis privado, que la devolváis sus tierras, y que reparéis del mejor modo que podáis los daños que habéis hecho.

—Nunca, nunca haré semejante cosa, y si no mirara que estáis en mi casa os castigaría por atreveros á proponérmela.

—Cumplo un deber de caridad al decíroslo, señor Conde, exclamó el Abad irguiéndose con energía. Vuestras amenazas no me asustan; podéis matarme, pero Dios me vengará como vengará los males que habéis hecho á los de Beaumont, si no os apresuráis á repararlos.

—Esas son vuestras armas, señor fraile, dijo con sarcástico tono el Conde, pero tampoco me asustan, porque esas armas ni quitan castillos ni matan á nadie. Ya veis cuán bueno estoy á pesar de vuestras censuras por lo que años pasados os hice.

—A esas censuras, señor Conde, tenéis que añadir, y os lo digo con pena, todas las que ha fulminado la Iglesia contra los que atacaren los bienes de los cruzados, porque habéis incurrido en ellas al tomar á Beaumont.

—Ya lo sabía, señor Abad; así que excuséis el hablarme más.

—Puesto que no queréis acceder á mis exhortaciones, me retiro para rogar á Dios que aplaque su enojo y tenga piedad de vos.

El Abad salió con majestuosa dignidad de la estancia, y uniéndose al lego, que le esperaba en la puerta, alejóse lentamente del castillo, mientras el Conde, contrariado y disgustado por la escena descrita, se retiraba á sus habitaciones, murmurando: «Ha querido asustarme para ver si cedía, pero las censuras de la Iglesia no me dan miedo.»

Y sin embargo, el señor Conde mentía; porque á pesar de su orgullo y de la altanería de sus respuestas no pudo evitar un estremecimiento general al oir las últimas palabras del Abad, ni una sensación de vago temor en cuanto le vió desaparecer del castillo.

IX

Según había dicho el Abad, Luis de Armac vivía. Herido en la frente por la cuchillada que le dió el Conde, cayó al suelo sin sentido, pero la herida no era penetrante, así que al cabo de algunos minutos recobró su cabal conocimiento, y á la luz de una antorcha que encendida habían dejado los asaltantes, pudo contemplar el campo de batalla donde había caido. Recordóle el espectáculo lo que en aquel momento ocurría en Beaumont, y dando un salto, púsose de pie, cogió de nuevo su espada, tomó la antorcha y se encaminó á las habitaciones de la Baronesa, pensando que hacia allí habrían ido los enemigos. Pero á los pocos pasos detúvole una densa columna de humo que por los corredores venía, y tuvo que retroceder; intentó penetrar por otra parte, pero vió también que el fuego lo había invadido, y conociendo que era empresa imposible tratar de atravesarlo, volvióse atrás. El instinto de conservación le hizo buscar pronta salida, y acordándose de repente de que por la poterna habían entrado los de Thiercy, se encaminó á ella. No encontró á nadie en el camino, mas al llegar á la escalera vió el ensangrentado cuerpo de Roldán que le cerraba el paso, como se lo había cerrado á los enemigos. Luis al contemplar al respetable anciano muerto por causa suya, aunque involuntaria, sintió que se le agolpaban las lágrimas, pero como no era tiempo de llorar separóle dulcemente, bajó la escalera, llegó á la poterna, vió que estaba abierta y que nadie la guardaba, y envainando su espada, volvió á subir, cargó sobre sus hombros el cuerpo de Roldán, exclamando: «¡Al menos te enterrarán en sagrado!» y con él á cuestas salió del castillo y se encaminó á la casa de los labradores donde tenía su caballo. Allí le curaron la herida, dejó el cuerpo de Roldán para que lo llevaran al campo santo, y montando en seguida á caballo se dirigió á la abadía de Cleard, donde contó al Abad lo ocurrido.

Sabía Luis lo mucho que éste quería á los Barones, así que pensó acertadamente, que lo que él no hiciera en su favor, nadie podría hacerlo, por lo que se puso á sus órdenes para ayudarle en lo que fuera menester.

Excusado es decir que el belicoso paje no pensaba sino en tomar la revancha, y que proponía al Abad armar á los vasallos de Beaumont é ir con ellos á tomar á Thiercy.

Pero afortunadamente el Abad le escuchaba sonriendo, y lejos de acceder á sus indicaciones, le dijo: «Lo que has de hacer es seguir tu viaje á Tierra Santa hasta encontrar al Barón, y entregarle la carta de su mujer con otra que yo te daré.»

Y en efecto, á la noche siguiente al asalto salía Luis de Armac de la abadía de Cleard para Jerusalén. Llevaba cartas del Abad para diversos monasterios que había de encontrar al paso, y otra que él mismo escribió al Barón dándole cuenta del triste suceso, y procurando con cristianas frases fortalecerle y consolarle. Rogábale en ella el Abad que confiara en Dios, que no se apurase, y que estuviera seguro de que haría cuanto le fuera posible para averiguar lo que había sido de su familia, que ignoraba entonces, y para volver al Conde á la razón.

(Se continuará).

Ayuntamiento de Madrid

SUBSCRIPCION

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

J. S. . . . . 3 ptas.
J. S. . . . . 3 »

PATETA
Ó LA TIENDA DEL DIABLO

Precio: 2 pesetas

Véndese en la **Librería y Tipografía Católica**, Pino, 5, Barcelona.

OBRA NUEVA.

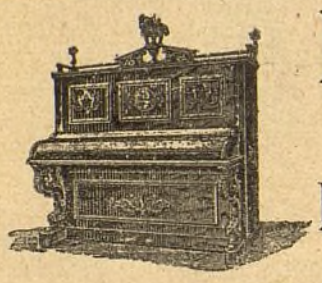
DEVOCIONARIO DE SAN ANTONIO

Agotadas en breve tiempo numerosas ediciones de este precioso devocionario, dedicado al glorioso Taumaturgo, conocido vulgarmente con el nombre de el Santo de los milagros, se ha hecho otra, nuevamente corregida y ordenada, y está en venta al precio de **1 pta.** ejemplar encuadernado en tela. Por correo, 10 cénts. más.

BIBLIOTECA LIGERA

para uso de todo el mundo, por D. FÉLIX SARDÁ Y SALVANY, Pbro.

Se han reimpreso los opúsculos agotados, y pueden pedirse los números que se deseen, ó colecciones completas, que constan de 100 libritos distintos.—PRECIOS: Un ejemplar 6 cénts.; docena. 50 cénts.; centenar, 4 ptas.; 500, 8'75 ptas.; mil, 35 ptas.
Hállanse en venta en la *Librería y Tipografía Católica*, Pino, 5, Barcelona



FÁBRICA DE PIANOS
DE COROMINAS Y RIERA

PIANOS de todas clases reconocidos como superiores.

Cambios y reparaciones de toda clase de pianos y armoniums.—**Catálogo gratis.**

PRINCESA, 45, BARCELONA

CASA FUNDADA EN 1850

ANTIGUA FABRICA DE TEJIDOS
Y TALLER DE BORDADOS
PARA
ORNAMENTOS DE IGLESIA
Hijos de Miguel Gusi

DESPACHO: CALL, N.° 6.—BARCELONA

Ornamentos confeccionados en todas clases.— Casullas bordadas en oro y sedas.

Albas, Sobrepellices, Roquetes, Amitos, Lavabos, Purificadores y Sabanillas para altar.—Cíngulos, Fiadores, Borlas y Flecos en todas clases. Encajes en hilo y bordados en oro. Cintas para Amitos. Terciopelos, Rasos, Damascos, Imperiales, Tercianelas, Noblezas, Brocateles, Espolines, Moaré, Gros, Glacé, Lamas y telas plata, Tisúes en oro y plata para bordar, Merinos, Casimires, Anascotes, Estameñas para trajes talares, Cálices, Custodias, Candelabros y demás artículos de metal en todas sus calidades, Imágenes de talla en todas clases.

INCIENSO
AL USO DE ROMA Y JERUSALÉN
PARA LA IGLESIA,
DEL
DR. SASTRE Y MARQUÉS

Aprobado en el Congreso católico de Sevilla de 1892.

Se vende en cajas de ½ y 1 kilo.

Cuidado con las imitaciones y falsificaciones.

Vino de ostras del Dr. Sastre y Marqués. Recetado por los más eminentes médicos contra la anemia, enfermedades nerviosas, de estómago y debilidad general.

Pastillas del Dr. Marqués contra la tos. Probadlas y os convenceréis.

Dr. Sastre y Marqués

Hospital, 109. — Barcelona.

HOMEOPATÍA

Cajas, carteras, botiquines, desde 6 á 500 pesetas. Obras de Homeopatía de todos los autores. Tinturas, trituraciones, glóbulos, diluciones y todo lo relacionado al sistema. Unica Farmacia Homeopática aprobada por la Academia Médico-Homeopática. Calle Santa Ana, 5.

SOLUCIÓN

de Fluoruro Fosfato de CAL SEGURA. Cura el Raquitismo, Debilidad general, Enfermedades de los Huesos, Tuberculosis en su primer período. Es muy útil su uso durante el embarazo.

VENTA: FARMACIA SEGURA, BAÑOS NUEVOS, NÚM. 8

Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona

Ayuntamiento de Madrid